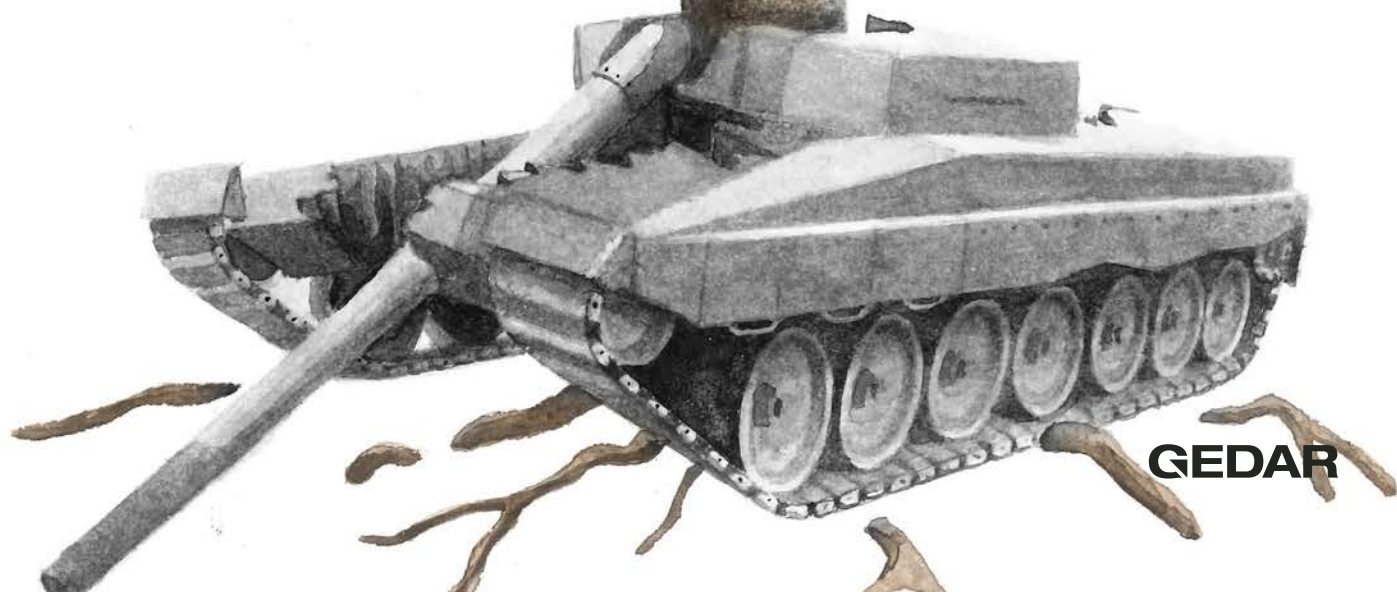


artelka

LOS DÍAS ROJOS DE OCTUBRE



GEDAR

— **P**orque si en el Ciclo de Octubre perduraron realmente como instituciones –y es más, perduran hoy en día en la concepción de ese ciclo– las categorías asociadas al modo de producción capitalista, eso no es porque el socialismo sea eso, sino porque no pudo ser nada más que eso. Nuestra ambición debe ser mayor que resignarnos a lo que fue, pues ya sabemos que lo que fue no fue sino la antesala de una derrota mayor; y no porque no tuvieran mayor ambición, que es lo que se desprende de las lecturas actuales del revisionismo

Contenido

6

10

22

46

66

EDITORIAL

Arteka

**Un nuevo Ciclo
de Octubre**

COLABORACIÓN

Jon Larrabide

**Boceto de vaso a
una gota de colmar**

COLABORACIÓN

Álex Fernández

**Romper el hielo:
elementos de
análisis para un
juicio histórico de un
siglo de revolución**

REPORTAJE

Pau Plana

**Para un debate
estratégico alrededor
de la experiencia
soviética**

REPORTAJE HISTÓRICO

Miguel García

**El movimiento
revolucionario
durante la primera
mitad del siglo XX**

Un nuevo Cielo de Octubre

Editorial

El ciclo revolucionario del siglo XX –conocido como Ciclo de Octubre– que da comienzo con la revolución soviética en Rusia, sigue pesando a día de hoy en las conciencias de los comunistas. Sobre todo, y, ante todo, por haberse saldado en derrota. Pero, además, por lo que implica esa derrota, que no es solo el hecho de no haber podido construir el comunismo a escala internacional, tal y como se planteaba, sino que, además, y, sobre todo, implica la entrada del comunismo en un letargo, como si sobre la estrategia comunista iniciada por los bolcheviques no pesaran los años.

Dicho de otra manera: la derrota del ciclo revolucionario iniciado oficialmente en octubre de 1917 no solo consiste en la desarticulación de la estrategia comunista y la desaparición de la organización política que ha de llevarla a cabo, esto es, el Partido Comunista de masas, sino que, además, esa derrota implica la incapacidad de pensar el comunismo en el siglo en el que nos encontramos, por haber hipostasiado las categorías políticas y estrategia característica del Ciclo de Octubre como socialismo “en sí mismo” y para siempre, tan solo derrotado por la superioridad política contingente del bloque capitalista, y no porque contuviera en su seno la contradicción que condujo a la derrota.

Tal derrota conlleva el atrincheramiento en la representación comunista del siglo pasado, con sus peculiares concepciones históricas y táctica política, así como la positivización de las luchas históricamente determinadas como “principios del comunismo”, por siempre y para siempre. Pero, además, ese atrincheramiento no significa sino repetir la derrota. Es sin duda una práctica contrarrevolucionaria que ha de ser enérgicamente denunciada: primero, porque atasca las opciones de crítica que son necesarias para el avance del comunismo, pues este ya se encuentra reducido a simples recetas y definiciones simples –el comunismo es un conjunto de situaciones que no se diferencian en nada del capitalismo–; y, segundo, porque positiviza una situación de escasez –y no nos referimos a la miseria económica, sino que a la incapacidad política, o al colapso de la revolución y sus resultados–, esto es, hace de la incapacidad relacionada con el desarrollo de las capacidades del proletariado revolucionario en un entorno histórico peculiar un punto positivo a hacer perdurar.

La derrota del ciclo revolucionario iniciado oficialmente en octubre de 1917 no solo consiste en la desarticulación de la estrategia comunista y la desaparición de la organización política que ha de llevarla a cabo, esto es, el Partido Comunista de masas, sino que, además, esa derrota implica la incapacidad de pensar el comunismo en el siglo en el que nos encontramos, por haber hipostasiado las categorías políticas y estrategia característica del Ciclo de Octubre como socialismo “en sí mismo” y para siempre, tan solo derrotado por la superioridad política contingente del bloque capitalista, y no porque contuviera en su seno la contradicción que condujo a la derrota

En definitiva, en torno al Ciclo de Octubre se ha construido una concepción del socialismo como etapa de transición que se opone frontalmente al comunismo, esto es, a la abolición del modo de producción capitalista y sus instituciones políticas para la dominación de clase. Y eso es así porque en vez de estudiar críticamente el Ciclo de Octubre y comprender la disputa por el comunismo en la etapa de transición como históricamente determinada y acotada por la peculiar situación histórica en la que se desarrolla, la concepción generalizada que criticamos pretende extraer una definición estática de una etapa dinámica de la lucha de clases por el comunismo. Al fin y al cabo, el recetario y conjunto de definiciones que siguen a “el socialismo es...” son, por lo general, un largo enunciado de categorías que explican perfectamente la derrota más que, como quienes las enuncian pretenden, las opciones y potencias del comunismo.

Eso es así porque si bien ciertas concepciones, acciones e instituciones tienen un sentido socialista en relación a una determinada situación, esas no se pueden concebir en sí mismo como socialismo, en todo lugar y tiempo. Al contrario, solo adoptan un sentido socialista en la medida en que se relacionan intrínsecamente con la lucha por el socialismo y, por lo tanto, son válidas para hacer avanzar esa lucha. Ahora bien, que ciertas instituciones se consideraran, al calor de la lucha, como instituciones socialistas, a pesar de que en forma no se diferenciaban en nada a las instituciones capitalistas, se comprende de sí mismo: el periodo de transición es un periodo de lucha y disputa en todos los frentes, también en el del significado. Y tales instituciones, aunque en forma capitalistas, eran concebidas, en la medida en que eran instituciones delegadas o casi autoimpuestas, como un mal menor dentro de un proceso mayor, que era la lucha por el comunismo. Lo que prevalecía era la estrategia del Partido Comunista, y de ahí la necesidad de denominar cada una de las instituciones según esa estrategia, y como apoyo a esa estrategia.

Desde la concepción puesta aquí como objeto de crítica, destacan como características del socialismo, entre otras, las siguientes incapacidades derivadas de la situación peculiar de los países en los que se desarrolló el Ciclo de Octubre:

1. Subsistencia de la producción de mercancías y valor (y por lo tanto del modo de producción capitalista);
2. Subsistencia de todas las instituciones políticas derivadas de la producción capitalista, a destacar la Policía, el Estado burocrático y el ejército permanente y
3. Subsistencia del Partido Comunista y el Estado Socialista como dos instituciones separadas, aunque, a la postre, definitivamente unidas por la pérdida de independencia de la primera, y no por la superación de tal separación.

En el presente número no trataremos específicamente lo aquí expuesto. Es solo un pequeño intento –tan pequeño como la extensión de este número y el avance de los análisis del Ciclo de Octubre nos permiten– de historizar el proceso socialista del siglo XX, con el objetivo de facilitar las vías hacia su comprensión. Esa comprensión implica destacar la peculiaridad de la situación histórica en la que se extiende el proceso, y de manera derivada, lo peculiar de la estrategia comunista asociada a esa situación histórica. El objetivo de los análisis de procesos revolucionarios anteriores no es, ni mucho menos, extraer soluciones de manera directa. Al contrario, las posibles soluciones solo podrán ser concebidas de manera indirecta, como crítica revolucionaria y no, tal y como hace el revisionismo, como conclusión en positivo, en forma de receta.

Ahora bien, que ciertas instituciones se consideraran, al calor de la lucha, como instituciones socialistas, a pesar de que en forma no se diferenciaron en nada a las instituciones capitalistas, se comprende de sí mismo: el periodo de transición es un periodo de lucha y disputa en todos los frentes, también en el del significado

Porque si en el Ciclo de Octubre perduraron realmente como instituciones –y es más, perduran hoy en día en la concepción de ese ciclo– las categorías asociadas al modo de producción capitalista, eso no es porque el socialismo sea eso, sino porque no pudo ser nada más que eso. Nuestra ambición debe ser mayor que resignarnos a lo que fue, pues ya sabemos que lo que fue no fue sino la antesala de una derrota mayor; y no porque no tuvieran mayor ambición, que es lo que se desprende de las lecturas actuales del revisionismo.

En ese sentido, en este número estudiamos elementos fundamentales para comprender la estrategia bolchevique y el posterior desarrollo del socialismo en el siglo pasado. Los estudiamos, de hecho, como elementos importantes del desarrollo de la revolución en tres etapas: la toma del poder, la construcción económica del socialismo y el colapso político del socialismo.

Estudiamos, por un lado, la importancia de la Guerra Imperialista en el desarrollo de la teoría revolucionaria y la intervención política bolchevique, así como en el golpe final en octubre de 1917 y la posterior Guerra Civil por la disputa del control del territorio. El concepto de revolución que ha llegado hasta nuestros días bebe directamente de esta situación peculiar, pues su caracterización como golpe armado se debe a que de hecho fue así precisamente porque la situación política propiciada por la guerra así lo permitía y requería.

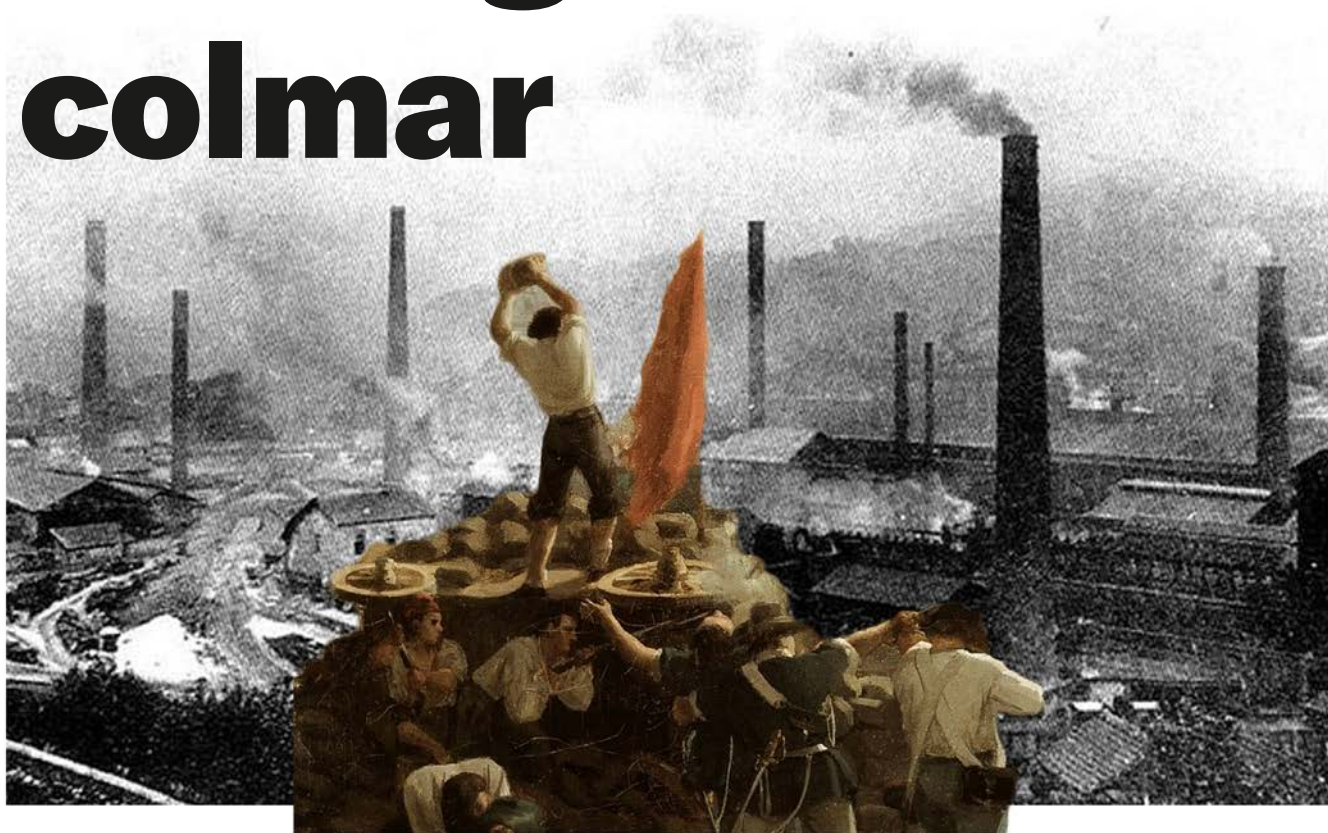
Por otro lado, abordamos el debate en torno a la dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, como punto nodal que permite analizar la forma política de la revolución como momento autonomizado de la revolución social o construcción de un nuevo modo de producción. Así, por ese camino, podemos llegar a comprender por qué la Revolución Socialista no pudo culminar su proceso, pero, sobre todo, por qué se dio bajo esa forma y adoptó esas instituciones.

Por último, analizamos el final del Ciclo de Octubre como derrota política, cuya imagen viva es la descomposición de los Estados Socialistas por la propia burocracia surgida en su seno.

Sirva este número como un primer paso para poder comprender el proceso socialista anterior y poder comprender, asimismo, las tareas que nos enfrentan. ●

COLABORACIÓN

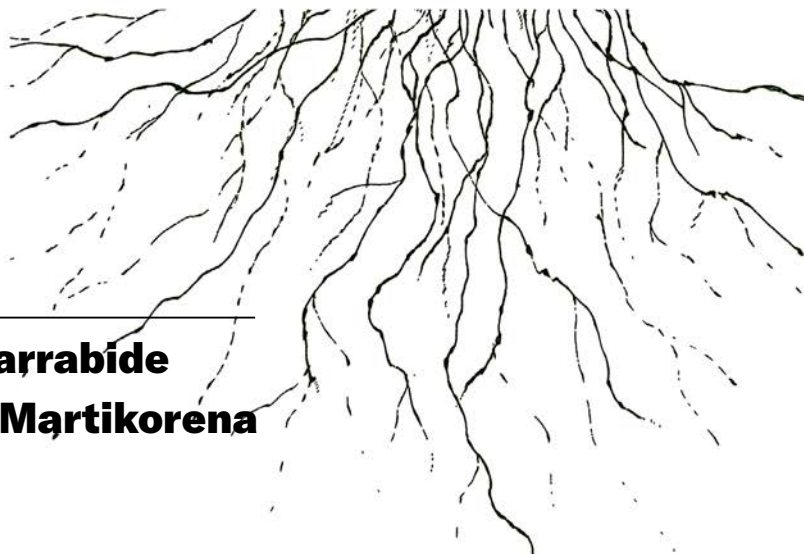
Boceto de vaso a una gota de colmar



10

Texto — **Jon Larrabide**

Imagen — **Zoe Martikorena**



Existe entre estos dos fenómenos, la guerra mundial y la revolución mundial, una interrelación más profunda que no aparece a primera vista; se trata de dos vertientes de un mismo acontecimiento de envergadura cósmica que, bajo cierta óptica son correlativos uno del otro en lo que concierne a sus orígenes y la manera en que aparecieron

Ernst Jünger, *La movilización total*

“Pero si tu quieres un imperio te lo hago,
Pero si tu quieres un asedio te lo hago,
Pero si tu quieres un naufragio, toma”

Gata Cattana, *Nada Funcionando*

La oleada revolucionaria de 1848 saldará cuentas con un proletariado que, recién nacido, echaba a andar en la arena política, por así decirlo, sin ruedines. En los años que sobrevendrán a este episodio histórico la burguesía descansará en poder, sobre los fragmentos de este convulso ecuador de siglo, que a su vez emanaban de las bases de un largo proceso de instauración de la sociedad capitalista y sus maneras. Sobre la sangrienta cesura originaria, que pondrá su condición de posibilidad, se levantarán los bastiones de la sociedad moderna, que irán paulatinamente dibujando los contornos de un nuevo y específico paisaje, barnizado de un tupido gris del vapor y el humo de las largas chimeneas, que en su solemne estar, alababan al secular y crudo credo del Capital y sus vicisitudes. Las revoluciones industriales cimentarán el fecundo suelo sobre el que brotarán en su máximo esplendor las sociedades capitalistas que a su vez comenzarán a extender sus raíces por todo el globo, dando a su reinado una extensión y un poderío sin precedentes. De esa manera, Europa, que aún en el tramo final del siglo XIX se conformará a partir de países en los que la agricultura representará el sector económico por excelencia (tanto a nivel cualitativo como cuantitativo), será la protagonista de una transformación o desarrollo industrial que pautará las nuevas coordenadas de desarrollo a nivel mundial. Miramos a un siglo de grandes transformaciones, un siglo que se caracteriza a sí mismo a partir de la transformación. Época de la gran maquinaria e industria, de las comunicaciones y de los inventos.

De su mano, y a partir de esas pautas, la transformación capitalista del mundo, el largo ejercicio de dar un contenido unitario al mismo, irá cogiendo forma paulatinamente. La invitación capciosa y no precisamente amistosa de las potencias en edad adulta a los países de la periferia a participar en la carrera por el progreso, dotará al mundo de una unidad específica, más densa, en la que se dibujarán de manera muy clara los límites del lugar que le es reservado a cada cual. Un ensamblaje de dos piezas: el centro imperialista, centro sobre el que pivotan el resto de los actores, que, en su hacer, será causa y efecto de esa unidad, por un lado; y los otros, cuya participación estará mediada por la subordinación a aquellos países que la integrarán en la dinámica capitalista global, por otro lado. De esa manera, para la entrada del siglo en sus décadas finales, Europa no sólo será el lugar donde todo empezó (y acabará), sino el componente central de esa nueva división mundial del trabajo, el principal motor de su programa de expansión.

El primer acto, que inaugura la obra magna llamada “el largo siglo XX”, ofrece al espectador a través de la actuación de sus protagonistas una sensación especial, atravesado por un espíritu que cargado de optimismo vaga a sus anchas con la mirada puesta en un horizonte de progreso. El establecimiento de las reglas del juego capitalistas a lo largo del planeta se escurrirá e infiltrará, a su vez, en aquellos actores que ostentaban el título de grandes potencias, otorgándoles una nueva ocasión en la que revalidar el título en el cuadrilátero de la historia (prueba de fuego que algunos no superarán esta vez), como en aquellos otros que, por obligación, no tendrán otra

opción que plegarse a los deseos de un Capital que, ya con un alto grado de desarrollo, operará internacionalmente; esto es, de acuerdo a su naturaleza, y tratará de encontrar algún nicho de la división internacional del trabajo en el que acomodarse. En cualquier caso, este ideal de progreso actuará como telón de fondo a lo largo de todo el acto, sea de manera endógena, sea en forma de factor exportado desde el viejo mundo.

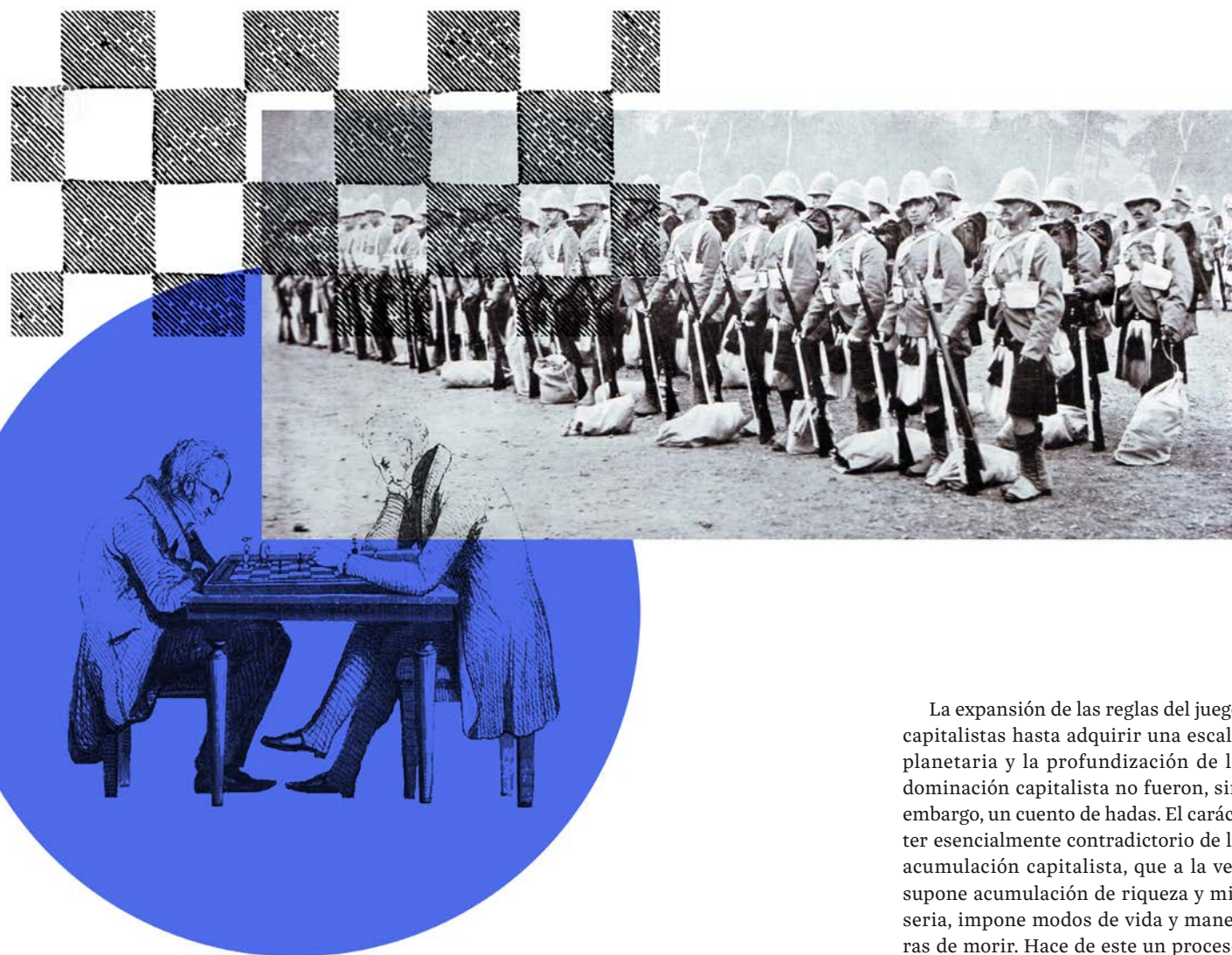
No obstante, a punto de entrar en el último cuarto de siglo, la aparición de ciertos elementos o señales truncará ese optimismo generalizado (que incluso alcanzará a las masas populares a través del soborno del mejoramiento de ciertas condiciones de vida) de manera decisiva, dando pie a una nueva transformación, que caminará derecho hacia el conflicto que ocupa a estas hojas, y que catalizará todas las tendencias y contradicciones que se gestarán a lo largo de toda esa época abriendo la posibilidad de hacer saltar todo por los aires. Tras una expansión y profundización sin precedentes, los cimientos económicos de este primer acto se verán sacudidos por una serie de fenómenos que pondrán en jaque la dinámica de un juego que hacía girar el mundo en torno a Gran Bretaña (su comercio, sus finanzas), y abrirá paso a una nueva época caracterizada por el repliegue de las economías a los límites de sus respectivos estados nación y el juego de ajedrez que les será propio en este segundo acto. El estimulante ejercicio de la producción seguirá dan-

Tras una expansión y profundización sin precedentes, los cimientos económicos de este primer acto se verán sacudidos por una serie de fenómenos que pondrán en jaque la dinámica de un juego que hacía girar el mundo en torno a Gran Bretaña (su comercio, sus finanzas), y abrirá paso a una nueva época caracterizada por el repliegue de las economías a los límites de sus respectivos estados nación y el juego de ajedrez que les será propio en este segundo acto

do su hipertrofia como resultado. Economías industriales como la alemana y la estadounidense se desarrollarán muchísimo, nuevos países se unirán a dicho proceso (Rusia por ejemplo), e incluso los países de la periferia advertirán cierto progreso en esa dirección. No obstante, ciertos signos oscurecerán los despejados cielos del desarrollo capitalista, que a su vez generarán descontento en ámbitos cada vez más amplios de la sociedad. No serán las reglas más profundas de funcionamiento las que estarán contra las cuerdas, sino la rentabilidad de un sistema-mundo particular en decadencia. El aumento en la productividad propiciará un descenso en los precios, que afectará negativamente a los agricultores y a los comerciantes. Asimismo la estabilización de los costes de producción frente a la bajada de los precios a corto plazo apretará la soga alrededor del cuello de diversos capitalistas a lo largo y ancho del globo.

Esta nueva fenomenología traerá consigo un nuevo *modus operandi*. El mundo, cansado de girar sobre el eje británico, se agrietará, generando un mapamundi fragmentado, cuyas partes comenzarán a girar sobre sí mismas. Una oleada de viraje hacia el proteccionismo azotará el primer mundo, dando carpetazo a la ya caduca época del librecambio (con la excepción del Reino Unido, que tenía una economía muy orientada y dependiente del exterior), por lo que las economías nacionales del centro imperialista (a título individual, pero en su conjunto) adquirirán un protagonismo desconocido hasta ese entonces, dando pie a una dinámica capitalista organizada en núcleos sólidos, que descansará sobre la relación de subordinación directa e indirecta sobre los países de la periferia. Esta reorganización a nivel internacional, vendrá acompañada de ciertas nuevas tendencias a nivel de las economías nacionales. La combinación y la concentración de capitales (como tendencia), nuevas técnicas de organización del trabajo (taylorismo, fordismo), darán una nueva dimensión al Capital, cuyo dominio adquirirá una fuerza aplastante.

Al levantarse el telón en la década de los 90, tercer acto, la decoración volverá a sorprender a los personajes con sus brillos y matices dorados. Se volverá a dar un acelerado proceso de industrialización, acompañado de un gran desarrollo de las actividades y producción agrícolas. Los caprichos de la producción capitalista, replegada a su forma más nacional, así como la extensión y profundización de la condición proletaria (propia de los dos primeros siglos de vida del Capital) posibilitarán el ensanchamiento de los mercados nacionales, que, junto con el desarrollo de la industria capitalista y sus métodos modernos de organización del trabajo, abrirán una nueva etapa caracterizada por la producción de mercancías en masa, base de las sociedades de consumo. Nos encontramos en la ya instaurada fase imperialista del capitalismo, la era de los imperios coloniales, que habían emprendido y culminado el proceso de colonización del mundo a gran escala y habían completado sus tareas domésticas. Una época definida a partir de la creciente injerencia de los estados en el ámbito económico, de la política económica con mayúsculas en la que la competencia entre capitales se vestirá con ropajes nacionales o medidas proteccionistas, complementada con reformas que permitirán un cierto margen de mejoras sociales (apoyadas sobre la subordinación de la periferia a las necesidades del centro y al ensanchamiento de la acumulación capitalista que camina de la mano de la insaciable demanda de mano de obra). Este contexto (imperios coloniales, mayor protagonismo del aparato estatal, desarrollo industrial y ensanchamiento del sector terciario) propiciará el desarrollo de una clase media moderna, que ya no nacerá del campo y los talleres artesanos (cuyo peso relativo habrá disminuido notablemente), sino de las nuevas dinámicas de la acumulación capitalista.



En ese sentido hablar de la segunda mitad del siglo XIX, y los primeros años del siglo XX, supone hablar del desarrollo capitalista que acontece a lo largo de estas décadas, pero es también hablar del desarrollo de su contraparte, el proletariado revolucionario y sus formas

La expansión de las reglas del juego capitalistas hasta adquirir una escala planetaria y la profundización de la dominación capitalista no fueron, sin embargo, un cuento de hadas. El carácter esencialmente contradictorio de la acumulación capitalista, que a la vez supone acumulación de riqueza y miseria, impone modos de vida y maneras de morir. Hace de este un proceso con partes, el relato y su correlato. De hecho, más que un simple proceso con partes, se trata de un proceso de partes antagónicas, lo que se expresa necesariamente en un proceso de lucha, más concretamente de lucha de clases. En ese sentido hablar de la segunda mitad del siglo XIX, y los primeros años del siglo XX, supone hablar del desarrollo capitalista que acontece a lo largo de estas décadas, pero es también hablar del desarrollo de su contraparte, el proletariado revolucionario y sus formas.



Las revoluciones de 1848 presentarán a escena a un proletariado mucho más clarificado, más consciente, hecho que se cristalizará en el *Manifiesto Comunista*, que pondrá encima de la mesa un programa propio, esto es, basado en los intereses de clase del proletariado internacional. La Comuna de París, por su parte, vinculará de manera práctica el desarrollo de ese programa con la necesidad de una forma política propia, con la que poder teatralizar la letra. Este proceso de cualificación de las masas (que como tendencia se imponía

a su vez como clarificación de las clases) retumbará en los oídos de la burguesía dominante, que se traducirá en un temor hacia las clases populares, en una época en la que las sociedades comenzaban a caminar hacia una cierta democratización de la política, de manera voluntaria o involuntaria (desde el punto de vista de cada una de las partes). En cualquier caso, este proceso se impondrá de manera inevitable, aunque con matices, dejando como resultado un panorama político heterogéneo, y sobre todo novedoso. La clase traba-



jadora, más numerosa (y concentrada) que nunca a raíz de la exponencial hipertrofia industrial del centro imperialista, con sus posicionamientos y matices, irrumpirá con fuerza en la arena política y llenará el lienzo político de colores. Los movimientos y partidos de masas harán su aparición en escena, de la mano de la propaganda de masas y los modernos medios de comunicación y su alcance.

En lo tocante al movimiento revolucionario de la época, este adoptará forma organizativa en la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), que iniciará su andadura en torno a 1864, a partir de la voluntad de crear un foro internacional donde poder discutir acerca de temas trascendentes para la clase trabajadora. Hija de su tiempo, más que una organización o partido en su sentido más moderno o actual (homogéneo, sólido, multitudinario), estará más cerca de ser la cristalización de una voluntad más o menos abstracta, un paraguas bajo el que se agruparán expresiones políticas diversas (un espectro que abarcará desde el sindicalismo inglés, preocupado principalmente por cuestiones económicas, hasta los comunistas, pasando por los mutualistas y demás facciones de carácter más, por así decirlo, democrático). Esto hará que el periodo de vida de la AIT esté atravesada por la lucha entre facciones, hasta su disolución en 1872, en un contexto de luces (gran crecimiento de la Asociación) y sombras (oleada represiva que siguió al aplastamiento de la Comuna y un antagonismo irreductible entre las diversas facciones), aunque tampoco sea tan aventurado afirmar que fue el cambio de paradigma mundial al que se ha hecho referencia previamente el que de alguna manera volvió obsoleta la forma misma de la AIT (una organización ecléctica frente a un mundo cada vez más definido y polarizado, y una organización supranacional en un contexto en el que los estados nación cada vez obtendrán un mayor protagonismo).

Tras dos décadas de idas y venidas, la Internacional dividida, y ciertos intentos de unificación del movimiento revolucionario, este irá adoptando la forma de partidos nacionales de masas a lo largo de Europa. El decenio de 1890 supondrá en ese sentido un punto de inflexión importante, una década en la que el socialismo se consolidará como movimiento de masas, tras la inauguración de la Segunda Internacional en 1889. No obstante, los caprichos de la historia se encargarán de desactivar el movimiento socialista internacional. La teoría de los dos mundos (y su entramado de organizaciones propias en todos los ámbitos de la vida) se desmoronará ladrillo a ladrillo para fundirse en un único contexto histórico en plena transformación. El poderío del Capital, en plena época dorada, se encargará de neutralizar el potencial revolucionario de dicha apuesta, a fuerza de engatusar, amedrentar y marear al proletariado internacional. La capacidad del Capital de hacer frente a los diversos obstáculos que irá encontrando en su camino al progreso, el vínculo mecánico entre desarrollo de fuerzas productivas y relaciones de producción, la eliminación (en cierta medida forzada) del horizonte insurreccional, la sangrienta comodidad sobre la que descansará cierta parte de la clase trabajadora en el centro imperialista, el carácter bifacético de la ampliación del sufragio y la creciente fuerza electoral de las organizaciones que conformaban el movimiento socialista de la época, producirán un fatal espejismo que envenenará paulatinamente el planteamiento estratégico que derivará en la más fatal de las conclusiones: perder de vista el horizonte revolucionario. El tupido velo que cubrirá la profundización de las contradicciones de esta nueva época provocará el marasmo de la II. Internacional, advirtiendo *de facto* lo que se patentará con su bancarrota o asimilación definitiva, al estallar la Primera Guerra Mundial.

Pero antes de poner nuestra mirada sobre tan explosivo suceso, demos un pequeño rodeo por los fríos lares de Rusia, la Roma al que todos los caminos se dirigen a lo largo de estas líneas. La expansión del capitalismo también alcanzará a la monumental Rusia de mediados de siglo, aunque puede que sea más preciso decir *sorprenderá*. El atraso estructural de la Rusia zarista se dará de bruces con el progreso. La guerra de Crimea se saldrá con una derrota rusa, que pondrá de relieve el hecho de que Rusia no había conseguido aún subirse al tren del progreso capitalista. Atrasada económicamente y políticamente, la espada de Damocles colgaba amenazante sobre su condición de potencia (en gran medida basada en sus gigantescas dimensiones), lo que hará urgentemente necesaria una transformación modernizadora a pasos agigantados. A pesar de los diferentes intentos de conseguirlo (abolición de la servidumbre en 1861, un proceso de industrialización dirigido por el Estado), Rusia se insertará en el nuevo paradigma del capitalismo mundial a trompicones y en una clara situación de desventaja e incluso dependencia respecto al centro imperialista. Asimismo, estos intentos no conseguirán borrar las taras de la Rusia zarista, y su pueblo seguirá padeciendo hambre, pobreza, desposesión y una agobiante

presión fiscal. A medida que crecerá el descontento social, este encontrará un nuevo sustrato en el que arraigarse, que se sumará al ya fecundo suelo del campo ruso. El fuerte impulso industrializador de esta época generará una creciente masa de proletarios, unidos por la gran concentración industrial, que poco a poco irán adquiriendo conciencia de su misión histórica (que irá adquiriendo forma en las diferentes expresiones políticas que nacerán a lo largo de estos años). A partir de 1900 el impulso latente de la inquietud social se hará cada vez más evidente, las revueltas campesinas y las huelgas generales comenzarán a minar al coloso del este. Su derrota en la guerra ruso-japonesa será la guinda del pastel.

1905 irrumpirá en escena a toda máquina. La revolución de 1905 desestabilizará a la Rusia zarista una primera vez, a través de la confluencia de las grandes movilizaciones de obreros, revueltas campesinas y el derrumbamiento de las fuerzas armadas. No obstante, la ausencia de una burguesía preparada para desarmar el antiguo régimen en Rusia, junto a la inocencia juvenil del proletariado ruso, derivará en una calma prerevolucionaria que aún se prolongará durante algunos años. Un interregno en el que nuestro Fausto será a su vez potencia industrial y un país predominantemente agrario, potencia imperial y semicolonias, vanguardia cultural (y política) y un país profundamente atrasado culturalmente. Unidad genuina de las partes, ejemplo más claro del carácter contradictorio de la sociedad capitalista y su época, expresión y síntesis de todas las contradicciones de la fase imperialista. Todo a la espera de que alguien activara el detonador.

***Unidad genuina de
las partes, ejemplo
más claro del carácter
contradictorio de la
sociedad capitalista
y su época, expresión
y síntesis de todas las
contradicciones de la
fase imperialista***

***No obstante, la sacudida sísmica
abrirá nuevas grietas en el panorama
político, por las que brotará una
nueva apuesta revolucionaria,
una apuesta a favor de convertir
la guerra mundial, imperialista,
en guerra civil entre clases***

Aunque la sombra de la guerra oscureciera el escenario mundial a lo largo de los diversos actos de esta obra, el potencial destructivo de una contienda bélica a estas alturas de la película disuadía a los protagonistas de tal fatídico desenlace. En cualquier caso, los gobiernos de la época ebrios de poder y estatus se lanzarán a la carrera armamentística desenfrenada. Asimismo, el funcionamiento regido por los estados nacionales evolucionará hacia una dinámica de bloques, que partirá Europa a través de distintas alianzas a lo largo de estos años. Las diferentes revoluciones que acaecerán en los primeros años del siglo XX tendrán un decisivo efecto desestabilizador del equilibrio en el centro imperialista, motivando una serie de movimientos en el tablero de la política internacional, que acabarán por precipitar el conflicto a gran escala que *a posteriori* vendrá a conocerse como Primera Guerra Mundial. Las contradicciones generadas a partir de la realización de

la naturaleza del Capital, que no conoce por principio otros límites que los propios, agudizadas exponencialmente a lo largo de algo más de medio siglo, al fin explotarán, dando pie a la contienda que repartirá muerte y destrucción a escala mundial a lo largo de cuatro interminables años que marcarán a sangre y fuego la conciencia colectiva de toda una generación.

El terremoto de la guerra derrumbará el delicado equilibrio del castillo de naipes del capitalismo mundial, y se llevará consigo a la II. Internacional, que firmará su testamento con el posicionamiento casi general de los partidos nacionales que la componen a favor de los créditos de guerra. No obstante, la sacudida sísmica abrirá nuevas grietas en el panorama político, por las que brotará una nueva apuesta revolucionaria, una apuesta a favor de convertir la guerra mundial, imperialista, en guerra civil entre clases. La Revolución de Octubre dará el pistoletazo de salida. ●








Romper el hielo: elementos de análisis para el juicio histórico de un siglo de revolución


Texto — **Álex Fernández**

Imagen — **Axier Nuñez**



Nosotros hemos empezado la obra. Poco importa saber cuándo, en qué plazo y los proletarios de qué nación culminarán esta obra. Lo esencial es que se ha roto el hielo, que se ha abierto camino, que se ha indicado la dirección correcta

Lenin



La primera aparición es tan sólo su
inmediatez o su concepto. Del mismo
modo que no se construye un edificio
cuando se ponen sus cimientos, el concepto
del todo a que se llega no es el todo mismo

Hegel

Muy bien, viejo topo.
¡Qué rápido escarbas!

Hamlet



Los abundantes artículos, misivas y discursos que Lenin tuvo oportunidad de escribir entre el estallido revolucionario de 1917 y su muerte prematura en 1924 insisten en una idea a la que probablemente no se le ha prestado la atención debida. “Ha comenzado una nueva época en la historia universal” ^[1], es lo que se repite una y otra vez. Esto no es una simple consigna. La *tesis* que sostiene Lenin es fundamental para una lectura materialista histórica de la revolución bolchevique, comprendida no sólo en lo que esta tiene de estallido social pasajero, sino, especialmente, comprendida como transformación irreversible del escenario de la lucha de clases. Lenin propone un marco conceptual desde el que es posible establecer un juicio histórico de todo un ciclo de desarrollo del proletariado como clase revolucionaria. El objetivo de este artículo es descifrar los supuestos e implicaciones de aquella tesis, ilustrando en qué sentido Octubre y la secuencia de acontecimientos que desencadena –a la postre, la experiencia comunista del siglo XX en su conjunto– asientan los cimientos de cualquier posible desarrollo ulterior de la revolución socialista, es decir, los cimientos de la culminación de la historia universal.

La tesis que sostiene Lenin es fundamental para una lectura materialista histórica de la revolución bolchevique, comprendida no sólo en lo que esta tiene de estallido social pasajero, sino, especialmente, comprendida como transformación irreversible del escenario de la lucha de clases



Al contrario que la inmensa mayoría de sucesos, necesariamente condenados a un olvido eterno, aquellos que configuran la historia universal gozan del privilegio de quedar instalados, por así decirlo, en el código histórico-genético de nuestra especie. Una revolución *social*, a diferencia de millones de fenómenos accidentales y más o menos superfluos, reconfigura el campo de posibilidades de la práctica humana en toda su extensión e intensidad. Por poner sólo un ejemplo, la denominada acumulación originaria, o sea, la separación violenta de los productores respecto de las condiciones objetivas de la producción, insta una serie de condiciones sociales que afectan al conjunto de la especie humana de manera irreversible, y nadie puede sustraerse a sus consecuencias por mera fuerza de voluntad. Esto significa que la historia universal condensa un contenido al que los seres humanos no necesitan vincularse deliberada o conscientemente para que su práctica quede sujeta a las reglas que aquel impone. Algo así quería decir Marx cuando afirmó que los seres humanos hacen efectivamente su propia historia, pero siempre “bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” [2].

Lenin tiene razón al incluir la revolución de octubre entre esos terremotos históricos que confieren un nuevo sentido al decurso posterior de los acontecimientos. Según comprende Lenin los años de revolución que él mismo protagonizó, e independientemente del que terminase siendo su resultado inmediato, el legado del octubre rojo no podía ya disolverse como un simple accidente insustancial: este marcaba un antes y un después en el desarrollo de la especie humana. Hay al menos tres rasgos que hacen de Octubre, tomado como ciclo global de la lucha de clases, el primer peldaño de una nueva fase de la historia universal. Trataré de examinar estos tres rasgos a lo largo del texto. El primero es que Octubre eleva al proletariado por primera vez a clase dominante en un sentido mínimamente sistemático. El segundo es que, por medio de la toma del poder, el proletariado se convierte en sujeto consciente de la producción social. El tercero es que la ofensiva político-económica del proletariado convirtió el comunismo en referencia cultural de un orden civilizatorio alternativo. En la medida en que el progreso en estos tres aspectos sólo pudo efectuarse de un modo limitado o parcial, será también necesario señalar qué factores condicionaron y en última instancia imposibilitaron la consumación práctica del programa comunista en su primera gran tentativa histórica.

Analícemos, entonces, cada uno de estos puntos. La emergencia de la fase de desarrollo histórico que conocemos como comunismo o modo de producción asociado se expresa, en primera instancia, en la conversión del proletariado en clase dominante. Que este dominio es temporalmente precario, sujeto a un proceso de perfeccionamiento, lo indica el hecho de que la lucha de clases sigue siendo el motor del desarrollo social incluso tras la toma del poder *político* por parte del proletariado ^[3]. La toma del poder político, cuyo contenido mínimo es la destruc-

ción del Estado burgués y la conquista del monopolio de la violencia por parte del proletariado organizado, es en este sentido sólo la premisa de la consolidación del nuevo orden social, no su conclusión y asentamiento definitivo. No obstante, la disputa del monopolio de la violencia a la burguesía y su aparato estatal representa la apertura de un período en el que la construcción económica del socialismo aparece por primera vez como una tarea inmediata, tarea para la que sólo desde este momento existen suficientes medios –siendo el poder político concentrado en manos del proletariado revolucionario el principal de todos ellos–. De ahí que Lenin subraye la importancia de la dictadura del proletariado como condición *sine qua non* del comunismo, tomado como programa histórico y como estrategia política. Como programa histórico, pues la dictadura del proletariado en Rusia supone un punto de inflexión respecto de la historia precedente; como estrategia, porque esta pasó a ser también la piedra de toque de la lucha de clases de su presente político.

La disputa del monopolio de la violencia a la burguesía y su aparato estatal representa la apertura de un período en el que la construcción económica del socialismo aparece por primera vez como una tarea inmediata

La transición a un modo superior de producción social, que es el contenido histórico-universal encerrado en la primera expresión sistemática de dictadura del proletariado, es impensable o una simple declaración nominal al margen del *modo* en que se articula y despliega esa transición. La forma necesaria de aquel contenido es la del *poder soviético*, la organización centralizada del proletariado y las masas desposeídas en órganos de poder democráticos, conocidos como *soviets* gracias a la traducción rusa del término “consejo” ^[4]. En la forma de poder soviético la sociedad alcanza por primera vez su autogobierno, de tal manera que los aparatos administrativos dejan de ser órganos sobreimpuestos a la sociedad, órganos de sometimiento y represión, y se convierten en órganos subordinados a ella, en herramientas al servicio de sus intereses objetivos. La elección de delegados obligados a rendir cuentas, en una situación de permanente revocabilidad y sujetos al mandato imperativo de sus electores para todos los ámbitos de la producción social que así lo requieran —i.e., funciones que exijan cierta maestría o especialización técnica, o que hayan de ser ejecutadas necesariamente por una cantidad reducida de individuos—, convierte a los ostentadores de estos cargos de responsabilidad en simples servidores del interés general, y no en representantes arbitrarios con poderes especiales y potencialmente corruptibles —como lo son hoy jefes, capataces o directores dentro de una empresa; policías, jueces o políticos en lo que respecta a la esfera pública—. Se trata por lo tanto de una transformación en la morfología del propio poder, que es ahora un poder proletario, cualitativamente discernible de cualquier modalidad previa de poder. En este sentido, la administración de los asuntos públicos por medio de consejos implica una forma radical de democracia, una transformación de su forma burguesa y elitista en su forma plenamente socializada ^[5].



En la forma de poder soviético la sociedad alcanza por primera vez su autogobierno, de tal manera que los aparatos administrativos dejan de ser órganos sobreimpuestos a la sociedad, órganos de sometimiento y represión, y se convierten en órganos subordinados a ella, en herramientas al servicio de sus intereses objetivos

La coyuntura tras la primera guerra mundial engendró un escenario en el que la sola existencia de una dictadura proletaria sobre el globo desplazaba el centro de gravedad de la política de las clases dominantes y de los partidos obreros, pues también estos últimos estaban a partir de entonces forzados a posicionarse *abiertamente* a favor o en contra de la revolución. Fue esto lo que consumó la escisión del socialismo en dos alas, una escisión que, como se sabe, venía fraguándose desde hacía décadas. En primer lugar, porque el estallido de la guerra imperialista y la presencia de una dictadura del proletariado en Rusia hacía directamente imposible la continuidad de la vieja táctica socialdemócrata: dado el enfrentamiento abierto entre clases a lo largo y ancho del viejo continente, ya no era posible seguir acumulando fuerzas de forma gradual y pacífica. La disyuntiva entre democracia burguesa o democracia proletaria, entre poder imperialista del capital o poder revolucionario del proletariado, se imponía ineluctablemente sobre la vida política de cualquier actor social. Se hizo entonces necesario tomar parti-

do a favor o en contra de la revolución, que no era ya un postulado o un objetivo para el futuro, sino una realidad palpable e inmediata, encarnada en el proyecto práctico de los bolcheviques. De este modo, todos los socialistas que de manera más o menos beligerante, más o menos equidistante, decidieron no apoyar la revolución internacional en marcha y subordinarse a su programa se posicionaron objetivamente con la reacción y sus aparatos de poder, en contra de la militancia revolucionaria y su programa histórico. Este desenmascaramiento definitivo del reformismo socialdemócrata no sólo tuvo un impacto político inmediato –por ejemplo, en la lucha violenta que enfrentó a mencheviques y bolcheviques–, sino que también posee un significado histórico universal: la socialdemocracia es desde ese momento un agente explícitamente alineado con el capital y su fuerza represiva estatal. Esta es una realidad que ya no debe ser probada –como todavía debía serlo en tiempos de Marx o Luxemburgo–, ya que es un hecho consumado, incuestionable e irreversible.

El segundo rasgo que hace de la revolución rusa y el comunismo del siglo XX un avance en el transcurso de la historia universal es, precisamente, que plantea por primera vez la tarea básica de esta fase de la lucha de clases: la construcción económica del socialismo

Desde este punto de vista se comprende mejor la insistencia de Lenin en la idea de que

Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*. En esto es en lo que estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que hay que contrastar la comprensión y el reconocimiento real del marxismo. Y no tiene nada de sorprendente que cuando la historia de Europa ha colocado *prácticamente* a la clase obrera ante tal cuestión, no sólo todos los oportunistas y reformistas, sino todos los “kautskianos” [...] hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, *que niegan* la dictadura del proletariado ^[6].

La instauración de la primera dictadura proletaria y la reconfiguración del tablero de la lucha de clases alrededor de esta cuestión, junto con la ruptura de la unidad del campo socialista, puso a la orden del día la necesidad de actualizar la tecnología organizativa del proletariado, que desde este momento adopta en la figura de la Internacional Comunista su forma más elevada, entendida como Partido Comunista internacional de ofensiva, esto es, como plataforma y medio de expansión de la dictadura del proletariado, y no como simple medio de acumulación pacífica de fuerzas –posición respaldada hasta ese momento por la Segunda Internacional– ^[7].

En cualquier caso, desde el punto de vista del asentamiento de un nuevo modo de producción, la toma del poder político resulta a todas luces insuficiente, y ni la dictadura del proletariado, ni, por supuesto, la creación de la Internacional Comunista, representan por sí solas la consumación de su programa histórico. El poder político del proletariado sólo tiene razón de ser en

Sólo una alta productividad del trabajo puede eliminar los incentivos para la extracción de plustrabajo, la explotación y la dominación de clase como motor de la producción y el desarrollo social. Es por eso que la reducción al mínimo del tiempo de trabajo necesario coincide con la creciente superfluidad del capital como forma de reproducción social

la medida en que sirve de medio activo en lo que Marx una vez denominó “reconstrucción económica de la sociedad” [8]. El segundo rasgo que hace de la revolución rusa y el comunismo del siglo XX un avance en el transcurso de la historia universal es, precisamente, que plantea por primera vez la tarea básica de esta fase de la lucha de clases: la construcción económica del socialismo, esto es, el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social de acuerdo con unas nuevas relaciones de producción, que expresan una nueva forma de organizar ese trabajo entre los distintos miembros de la sociedad.

Así lo entendía también el propio Lenin: “La base económica de esta violencia revolucionaria [sobre los explotadores], la garantía de su vitalidad y éxito, está en que el proletariado representa y pone en práctica *un tipo más elevado de organización social del trabajo* que el capitalismo” [9]. Teniendo esto en consideración, el autogobierno de la sociedad mediante el poder soviético se comprende a la vez como un fin en sí mismo y como medio para la cons-

trucción económica del socialismo. Es un fin porque sólo de manera democrática puede el metabolismo social regularse de una manera consciente y racional. Es un medio, en cambio, en la medida en que, sin poner sus fuerzas al servicio de la transformación de las relaciones de producción, cualquier aparato que centralice el ejercicio de la violencia reproducirá unas condiciones económicas que terminarán por disolver su articulación *como poder soviético*, imposibilitando así el autogobierno de la sociedad y, en consecuencia, la propia transformación de las relaciones económicas. La forma política del poder y su contenido económico son, en esta medida, dos caras de la misma moneda, y tanto sus avances como sus retrocesos se dan necesariamente de la mano.

Tal y como afirmaba Marx cuando dijo que “ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella” [10], Lenin sostuvo que “la productividad del trabajo es, en última instancia, lo más importante, lo decisivo para el triunfo del nuevo régimen social” [11].

Sin el desarrollo de las fuerzas productivas es imposible desprenderse de la forma capitalista de la riqueza, que se perpetúa como la forma más adecuada y eficiente dado cierto grado de productividad del trabajo. Sólo una alta productividad del trabajo puede eliminar los incentivos para la extracción de plustrabajo, la explotación y la dominación de clase como motor de la producción y el desarrollo social. Es por eso que la reducción al mínimo del tiempo de trabajo necesario coincide con la creciente superfluidad del capital como forma de reproducción social, de modo que la distribución equitativa –de acuerdo con las capacidades y necesidades de cada cual [12]– tanto del trabajo como de su producto aparece como la forma más eficiente y racional de organizar al conjunto de los miembros de la comunidad humana.

La realidad efectiva del modelo social implantado mediante la revolución es el indicio de la irreversibilidad del estadio histórico cuyo inicio representa. Es, además, la expresión del agotamiento del margen de racionalidad histórica del capitalismo, cuya caducidad no puede solamente declararse, sino que ha de demostrarse por la vía práctica

El desarrollo de las fuerzas productivas convierte la extracción de plus-trabajo en *innecesaria*, y no simplemente en injusta o indeseable. Lo que, dicho en otras palabras, quiere decir que se convierte en injusta, no sólo desde un punto de vista moral, sino desde un punto de vista histórico, que es el punto de vista determinante y decisivo en última instancia. Allí donde la aplicación tecnológica de la ciencia y un sistema de maquinaria conscientemente regulado pueden producir de manera más y mejor que el ser humano, la función de este como factor vivo del proceso de trabajo comienza a ser prescindible e incluso contraproducente, y con él su explotación económica como instrumento de la producción. El comunismo simplemente consume y materializa una tendencia que bajo el modo de producción capitalista opera ya de *forma* implícita mediante la proletarianización de la sociedad, el aumento de la superpoblación relativa y del ejército industrial de reserva.

Junto a la organización de los desposeídos en clase dominante, el mérito de la joven república soviética reside, no en haber conseguido elevar la productividad del trabajo en un plazo inaudito, sino en haber planteado co-



lectiva y conscientemente dicha tarea, es decir, en la forma en la que se plantea y ejecuta la tarea. Si el capitalismo sólo es capaz de ejecutarla de manera inconsciente e indirecta por medio de la competencia entre propietarios privados, la república de los soviets lo hizo mediante la cooperación planificada de su ejército de proletarios conscientes. La organización centralizada de los instrumentos de producción al alcance del poder proletario, además de encarnar una nueva forma de relacionar los órganos del trabajo social, supone también un incremento de la fuerza productiva del trabajo, pues su

sola combinación organizada, el trabajo plenamente socializado y la cooperación consciente, implica un ahorro y una economización respecto del empleo desorganizado de esas mismas capacidades: el “[...] modo de cooperación [...] es [...] una ‘fuerza productiva’”^[13], y eso mismo pasó a ser en suelo ruso el obrero colectivo en tanto que instrumento unificado bajo la dirección centralizada del poder soviético. Tanto en lo que respecta a la organización del proceso inmediato de trabajo, como en lo que se refiere a la aceleración del proceso histórico, el bolchevismo demostró la verdad de la sentencia de Marx según la cual “la clase revolucionaria es la mayor fuerza productiva”^[14].

El poder soviético y su intento de construcción económica del socialismo hicieron del programa histórico del comunismo un modelo o referencia tangible para los proletarios de todo el mundo. La realidad efectiva del modelo social implantado mediante la revolución es el indicio de la irreversibilidad del estadio histórico cuyo inicio representa. Es, además, la expresión del agotamiento del margen de racionalidad histórica del capitalismo, cuya caducidad no puede solamente declararse, sino que ha de demostrarse por la vía práctica. Esto introduce el tercero de los rasgos que caracterizan la relevancia histórico-universal del comunismo del siglo pasado: el hecho de que sus conquistas políticas y económicas inmediatas redimen derrotas pasadas, proyectan conquistas futuras y amplían así el margen de posibilidades del presente. Que el comunismo adquiriera fuerza objetiva como referente cultural de una alternativa civilizatoria supone que este demuestra en la práctica que posee capacidad para imponer y normalizar las reglas que le son características, de tal manera que se acepte con espontaneidad, sin imposición externa de ningún tipo, la legi-

timidad del nuevo sistema de instituciones sociales. Es en este sentido que puede decirse que Octubre supuso la normalización del comunismo –incluso su naturalización– como alternativa civilizatoria, y, en ese sentido, forzó su inclusión como una nueva etapa en el progreso de aquello que Hegel entendía por *Geist* o “espíritu”. La idea más que extendida entonces de que el comunismo era de algún modo inevitable puede explicarse desde el punto de vista de esta ofensiva en el plano cultural. Se trata sencillamente de que el campo de lo imaginable, el sistema de reglas que ordenan el conjunto de lo posible y de lo imposible, pasó a estar definido por el horizonte de la transformación radical de la sociedad, de tal manera que la representación de la realidad, fuera esta puramente intuitiva o teóricamente sofisticada, ideológica o científica, quedaba sometida a un marco definido por la presencia de la revolución como poder histórico real.

Sólo esta atmósfera explica afirmaciones tales como que “el triunfo del poder soviético en todo el mundo está asegurado. Sólo es cuestión de tiempo”^[15]. Si “horizonte” hace referencia al campo de lo visible, la instauración del comunismo como horizonte histórico implica que la cadena de acontecimientos potenciales o “a la vista” sólo son pensables como pasos intermedios entre el comienzo y la instauración definitiva de un modelo superior de sociedad. Una vez la revolución bolchevique ha tenido lugar, la historia sólo tiene sentido como aquello que media entre su comienzo victorioso en Rusia y la futurible República Soviética mundial. Todo lo demás es accesorio. Y esta condición de toda una época resulta, en cierto modo, irreversible: “La dura y ardua lucha contra el capital ha comenzado victoriosamente en Rusia. [...] Y esta lucha terminará con el triunfo de la República Soviética mundial”^[16].



Este camino ha sido iniciado, pero es evidente, a la luz de los hechos históricos, que no ha sido culminado. Sin embargo, ni el éxito ni el fracaso de la experiencia comunista puede evaluarse de forma unilateral. Si su éxito hubiese sido absoluto, la tarea de repensar el comunismo y su puesta en práctica sería superflua, pues el programa de la revolución habría sido realizado hace ya mucho. Si, en cambio, lo absoluto hubiese sido su fracaso, la experiencia revolucionaria del proletariado habría caído en saco roto, sin dejar un legado objetivo en forma de herramientas organizativas, políticas y culturales de muy distinto tipo, herramientas a partir de las cuales puede actualizarse en la coyuntura del presente el programa de acción del proletariado. Esta actitud ponderada hacia la historia de la revolución es la única que posibilita un juicio que no se desvíe hacia el mora-

lismo subjetivista ni hacia el materialismo más vulgar: el primero cae en la crítica vacía y abstracta, mientras que el segundo rechaza de antemano la posibilidad de cualquier crítica. El juicio materialista histórico de la experiencia revolucionaria no establece –como sí hace el moralismo– una separación total entre el programa comunista *en su media ideal* y el comunismo realmente existente a lo largo del siglo XX, ni, por el contrario, tampoco identifica estos dos completamente, confundiendo la realidad o existencia de algo con su justificación –como dogmáticamente hace el materialismo vulgar–. Es esa “unidad en la diferencia” lo que posibilita comprender la primera tentativa de revolución proletaria como expresión objetiva del programa histórico del comunismo, como primera materialización racional de sus fines últimos, y, a la vez, evaluar esta expresión objetiva

a la luz de todos sus límites y deficiencias internas, es decir, en su contraste con el programa histórico que no consiguió terminar de materializar.

Se han examinado al menos tres aspectos del avance histórico que representó el comunismo del pasado siglo: la dictadura del proletariado en forma de poder soviético, la construcción consciente de la economía socialista y la referencia cultural de la revolución como horizonte civilizatorio de toda una época. Hay que plantear, para terminar, en qué sentido puede decirse que la plasmación efectiva del programa comunista durante el siglo XX resultó limitada, o por qué se tuvo que enfrentar a ciertos límites que condicionaron y lastraron su desarrollo. Esto es, elaborar una crítica en sentido materialista: iluminar los límites de un fenómeno o proceso desde el punto de vista de sus propios fines internos. En este caso, evaluar el proceso del comunismo realmente existente a la luz del programa histórico del comunismo, programa o fin que el primero fue incapaz de culminar. Recuperemos para ello la afirmación de Lenin citada más arriba: “la productividad del trabajo es, en última instancia, lo más importante, lo decisivo para el triunfo del nuevo régimen social” [17]. Es sabido que, si de algo carecía Rusia a comienzos de siglo, y aquello que hacía su revolución completamente dependiente de la revolución alemana, era precisamente el escaso desarrollo de la productividad del trabajo. El trágico fracaso de la revolución alemana puso a los revolucionarios rusos en una tesitura donde sólo la más absoluta heroicidad permitiría su supervivencia en el poder. En aquella coyuntura, todas sus fuerzas debían concentrarse en mantener con vida una economía que, en aquel entonces –arrasada por la guerra mundial, la guerra civil, las revueltas internas y los interminables sabotajes– apenas podía considerarse una economía de mera subsistencia, casi incapaz de reproducir con vida a su población.

Ni el éxito ni el fracaso de la experiencia comunista puede evaluarse de forma unilateral. Si su éxito hubiese sido absoluto, la tarea de repensar el comunismo y su puesta en práctica sería superflua, pues el programa de la revolución habría sido realizado hace ya mucho. Si, en cambio, lo absoluto hubiese sido su fracaso, la experiencia revolucionaria del proletariado habría caído en saco roto, sin dejar un legado objetivo en forma de herramientas organizativas, políticas y culturales de muy distinto tipo

Esta delicada situación exigió medidas excepcionales. En primer lugar, la concentración inexcusable del poder en pocas manos, pues sólo un poder centralizado cuya autoridad no fuese cuestionada u obstaculizada podía en ese momento evitar una descomposición social completa y asegurar las condiciones mínimas para la reproducción económica. Como consecuencia, el poder soviético comenzó a quedar cada vez más subordinado a las instancias del Partido y su reducida cúpula, mientras que las masas, que tampoco habían sido plenamente incorporadas al ejercicio del poder^[18], contaban con el paso del tiempo con menos incentivos para ello, expulsadas como estaban de la gestión directa de las instituciones públicas y productivas. Que el poder pasase a aplicarse de manera más vertical y autoritaria, en muchos casos en contra de la voluntad de los miembros de la clase que nominalmente ejercía el poder, supuso el deterioro y final aniquilación de la forma racional de la dictadura proletaria, el poder soviético, que se vio sustituido por formas de poder no sujetas a control, revocabilidad, ni mandato imperativo –los elementos definitorios de la república comunal–.

De ello se sigue un segundo obstáculo. Como se ha dicho más arriba, la regulación sistemática y racional del metabolismo con la naturaleza, la socialización plena del trabajo, sólo es posible si este se organiza democráticamente desde abajo, o sea, de tal manera que los productores aparezcan como órganos conscientes de la planificación económica y de su ejecución en el proceso de trabajo. En el instante en el que los mecanismos democráticos característicos del Estado-Comuna se convierten en mecanismos verticales de control y disciplinamiento, la propia construcción económica del socialismo queda seriamente comprometida, hasta el punto de resultar estrictamente imposible. Si no es bajo la forma de un poder soviético, los pro-

ductores obedecerán comandos que no entienden, participarán en un proceso de trabajo con el que no se identifican y satisfarán necesidades que no son las suyas, sino las de un proceso de acumulación cuyos medios y fines difícilmente pueden armonizarse con los que se le presuponen al modo de producción comunista. Todo esto conlleva, como es natural, un refuerzo paulatino de todas las dinámicas características de la economía capitalista, que termina reconstruyéndose conforme a su modelo habitual, donde es la producción la que domina a los productores y no a la inversa.

Por último, la asimilación del modelo económico-político revolucionario al viejo modelo capitalista impone un marco de lucha en el que la competencia entre bloques civilizatorios resulta desfavorable para el primero, condenado de antemano a la derrota frente a un enemigo que es necesariamente más fuerte cuando es el modelo capi-

En el instante en el que los mecanismos democráticos característicos del Estado-Comuna se convierten en mecanismos verticales de control y disciplinamiento, la propia construcción económica del socialismo queda seriamente comprometida, hasta el punto de resultar estrictamente imposible

talista de acumulación el que impone las reglas del juego. La referencialidad cultural del comunismo y sus características distintivas como alternativa civilizatoria al modo de producción capitalista se oscurecen progresivamente y terminan de agotar su potencial como acicate de transformación histórica, de tal manera que su modelo social acaba presentándose como reverso igualmente indeseable para las amplias masas de trabajadores –pensemos solamente en las revueltas obreras de Alemania oriental, Hungría o Checoslovaquia–. La posibilidad de una transformación radical en las condiciones del presente histórico se va apagando, y su capacidad para moralizar e infundir en las masas el espíritu de un mundo nuevo en gestación termina solapándose por el sometimiento de los proletarios a programas asimilados por completo a los del Partido del Orden y su facción socialdemócrata.



О Д. МЫ БЫЛИ ПРОСТО ИМИ СМЕРТНЫМИ



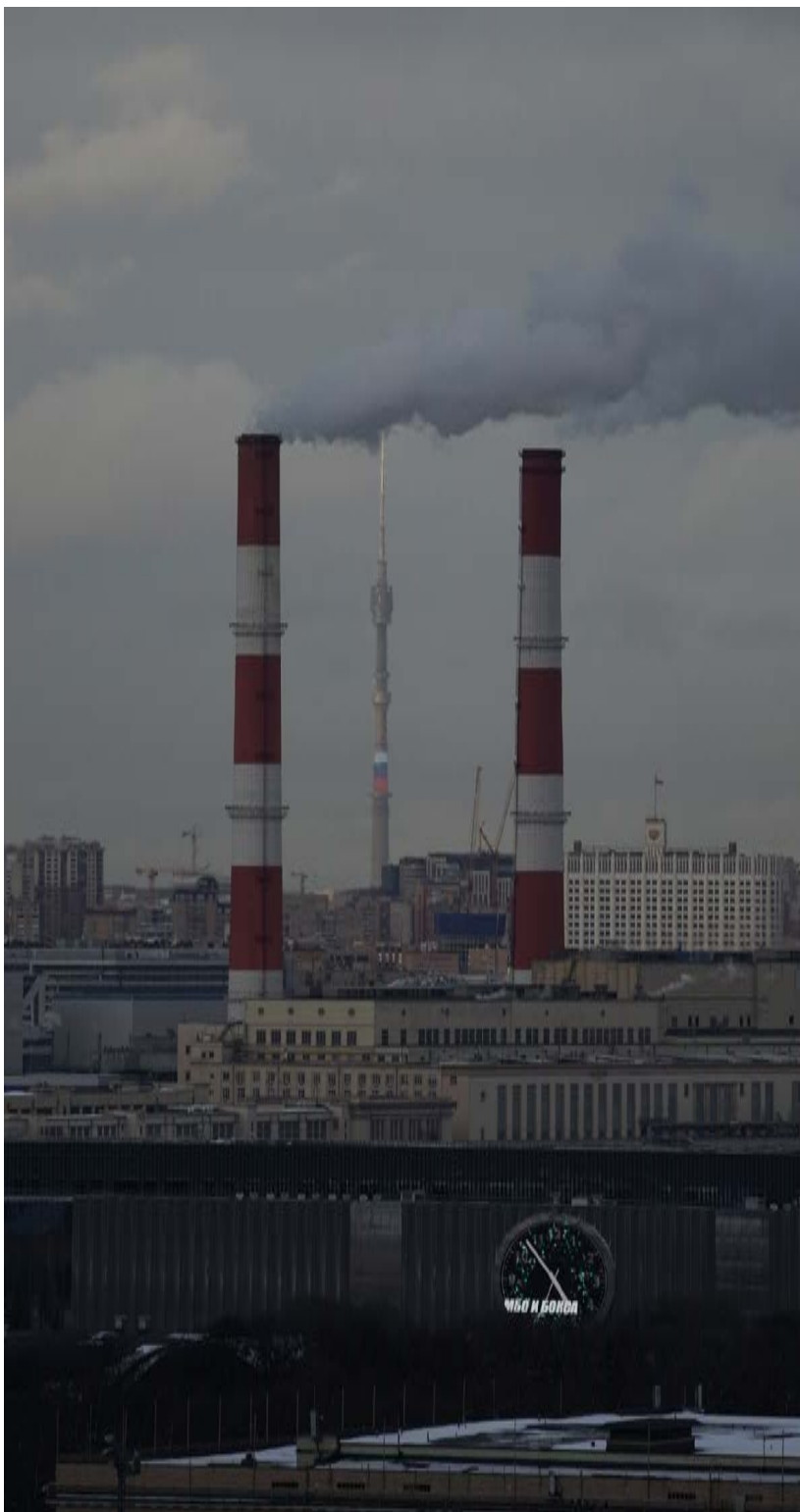
Si Octubre asienta las bases del progreso ulterior de la historia universal es porque esta ya sólo tendrá sentido en la medida en que elabore y desarrolle los elementos esenciales de la experiencia comunista del siglo XX, experiencia que sirvió para esculpir y dar forma a una posibilidad que de otro modo habría permanecido inexplorada

¿Significa todo esto que no existían las condiciones necesarias para una revolución comunista? ¿Significa que quizá fuera un error el intento de instaurar el socialismo y de lanzar semejante ofensiva sobre el capital? La reacción socialdemócrata-menchevique, con Kautsky y una gran parte de los jefes e ideólogos del reformismo europeo, insistieron tozudamente en la idea de que Rusia no reunía las condiciones económico-culturales para una revolución comunista. Desde su punto de vista, cualquier intento en esta dirección sería vano e irremediablemente fracasado, y el modelo de ofensiva sobre el capital que representaban los bolcheviques se concebía desde esta perspectiva como un modelo de ataque

prematureo, voluntarista y contrario a las tendencias objetivas de la historia. La postura de Lenin y los bolcheviques, en cambio, consistió en asumir la responsabilidad de quien es sujeto de la historia y no su contemplador externo, una responsabilidad que llevó a la decisión de lanzarse a transformar la sociedad sin conocer de antemano las posibles consecuencias de esta acción. Lenin no sólo reconoció abiertamente que Rusia no reunía las condiciones para una revolución exitosa, sino que se mofó con el mayor de los desprecios de quienes insistían en ello con pretensión de estar descubriendo la pólvora. Es justamente asumiendo las riendas del desarrollo histórico como podrán crearse unas condiciones que nunca se presentan completamente “dadas”, de manera previa e independiente de la acción colectiva organizada. Para un marxista no tendría sentido quedarse esperando a que dichas condiciones emerjan mágicamente o por generación espontánea. Así lo refleja Lenin, con su elocuencia característica: “Recuerdo que Napoleón escribió: ‘*On s’engage et puis... on voit*’, lo que traducido libremente quiere decir: ‘Primero hay que entablar combate serio y después ya veremos lo que pasa’. Pues bien, nosotros, en octubre de 1917 entablamos primero el combate serio y después ya hemos visto los detalles del desarrollo” ^[19].



El proletariado revolucionario comenzó la titánica tarea de construir el socialismo en un contexto en el que las condiciones para culminarla tan sólo comenzaban a engendrarse. Su éxito, por parcial e imperfecto que resultase, es él mismo un eslabón más en la cadena de condiciones que posibilitan aquí y ahora insistir en un camino abierto en el pasado ^[20]. Si Octubre asienta las bases del progreso ulterior de la historia universal es porque esta ya sólo tendrá sentido en la medida en que elabore y desarrolle los elementos esenciales de la experiencia comunista del siglo XX, experiencia que sirvió para esculpir y dar forma a una posibilidad que de otro modo habría permanecido inexplorada: la elevación del proletariado a clase dominante por medio del poder soviético, organizado en consejos; la construcción del socialismo mediante la transformación consciente de las relaciones de producción; la edificación de un orden civilizatorio que aspire a implantarse en la práctica espontánea de los individuos. Como hermosamente nos recuerda Rosa Luxemburgo, “suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al ‘bolchevismo’”^[21]. Estas palabras no sólo han conseguido mantener su validez: el paso del tiempo corrobora la intensificación de su verdad. ●



REFERENCIAS

[1] Lenin, V., (2000), *La Tercera Internacional y su lugar en la historia* [<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/iv-19.htm>]

[2] Marx, K., (2000), *El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte*, [<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm#i>]

[3] “La dictadura del proletariado es *también* un periodo de lucha de clases, la cual es inevitable mientras las clases no hayan sido suprimidas”. Lenin, V. (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 91.

[4] “¿Qué es el Poder soviético? ¿En qué consiste la esencia de este nuevo poder, que no quieren o no pueden comprender aún en la mayoría de los países? Su esencia, que atrae cada día más a los obreros de todas las naciones, consiste en que el Estado era gobernado antes, de uno u otro modo, por los ricos o los capitalistas, mientras que ahora lo gobiernan por primera vez (y, además, en masa) precisamente las clases que estaban oprimidas por el capitalismo”. Lenin, V., (1981), *¿Qué es el poder soviético?*, Obras Completas, tomo 38, Editorial Progreso, Moscú, pp. 238-239.

[5] “El régimen soviético es el máximo de democracia para los obreros y los campesinos y, a la vez, significa la ruptura con la democracia burguesa y el surgimiento de un nuevo tipo de democracia, de alcance histórico-universal: la democracia proletaria o dictadura del proletariado”. Lenin, V., (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 161.

[6] Lenin, V., (1975) *El estado y la revolución*, Editorial Ayuso, Madrid, p. 41.

[7] “La importancia histórica universal de la III Internacional, la Internacional Comunista, reside en que ha comenzado a llevar a la práctica la consigna más importante de Marx, la consigna que resume el desarrollo secular del socialismo y del movimiento obrero, la consigna expresada en este concepto: dictadura del proletariado.”. Lenin, V., (2000), *La Tercera Internacional y su lugar en la historia*, [<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/iv-19.htm>]

[8] Marx, K., *Salario, precio y ganancia*. [<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>]

[9] Lenin, V., (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 89.

[10] Marx, K., (2001), *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, [<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>]

[11] Lenin, V., (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 100.

[12] Marx, K., (1979), *Glosas marginales al programa del Partido Obrero alemán*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín (Beijing), República Popular China.

[13] K. Marx & F. Engels, (1959), *La ideología alemana*, Montevideo: Pueblos Unidos, Trad. al castellano de Wenceslao Roces.

[14] Marx, K., *Miseria de la filosofía*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú

[15] Lenin, V., (1981), *Dos años de poder soviético*, *Obras Completas*, tomo 39, Editorial Progreso, Moscú, pp. 289-291.

[16] Lenin, V., (1981), *Dos años de poder soviético*, *Obras Completas*, tomo 39, Editorial Progreso, Moscú, pp. 289-291.

[17] Lenin, V., (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 100.

[18] “De palabra, el aparato soviético es accesible a todos los trabajadores, pero en la práctica, como todos sabemos, dista mucho de serlo. [...] Es preciso una ingente labor educativa, cultural y de organización”. Lenin, V., (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 65.

[19] Lenin, V., (1971), *La cultura y la revolución cultural*, Editorial Progreso, Moscú, p. 204.

[20] Esta es una idea que Rosa Luxemburgo supo ver con su brillantez habitual, contra el revisionista Bernstein, incluso antes de la primera revolución rusa de 1905: “Será imposible evitar la conquista ‘prematura’ del poder estatal por el proletariado, precisamente porque estos ataques ‘prematuros’ del proletariado constituyen un factor, y, en verdad, un factor de gran importancia, que crea las condiciones políticas para la victoria final. [...] Esos ataques ‘prematuros’ del proletariado contra el poder del Estado son en sí factores históricos importantes que ayudan a producir y determinar el momento de la victoria definitiva. Vista desde este punto de vista, la idea de una conquista ‘prematura’ del poder político por la clase trabajadora parece un absurdo político derivado de una concepción mecánica del proceso social, que le otorga a la victoria de la lucha de clases un momento fijado de forma externa e independiente de la lucha de clases”. Luxemburgo, R., (2009), *Reforma o revolución*, Biblioteca Pensamiento Crítico, Madrid, p. 98.

[21] Luxemburgo, R., *La revolución rusa*, Akal, Madrid, 2019, p.71.





Para un debate estratégico alrededor de la experiencia soviética

Texto — **Pau Plana**





Imágenes de Lise Sarfati.

La fotógrafa Lise Sarfati creció en Niza, Francia, Estudió y se graduó en la Sorbona en 1979 e hizo una tesis sobre fotografía rusa. Tras eso, decidió visitar dicho país y durante los años 1989 a 1998 vivió allí, dedicándose a tomar fotografías en Moscú, Norilsk y Vorkuta. Durante esos años, la artista visual documentó la vida de los niños y los adolescentes en un país destruido después de la disolución de la URSS.





El presente artículo no pretende hacer un análisis historiográfico exhaustivo del decurso histórico del Estado soviético en el que se busque situar el colapso de la revolución socialista en un momento determinado de su desarrollo. En este sentido, no haremos una exposición detallada de las decisiones políticas que tomaron los bolcheviques en uno u otro sentido, ni de las condiciones históricas específicas que pudieron motivarlas. Nos centraremos en exponer las premisas históricas y las formas organizativas concretas que exige el proceso revolucionario socialista, para tratar de comprender la esencia de las limitaciones de la experiencia soviética y de las determinaciones que frustraron su desarrollo en un sentido general, situando algunos de los elementos fundamentales que creemos habrían de orientar el debate estratégico entre comunistas.

Para ello, habremos de comenzar aclarando al menos dos aspectos elementales que nos permitan delinear un marco general de comprensión, un punto de partida mínimo para abordar el análisis de dicho período. El primero de estos aspectos, para sorpresa de algunos, es el hecho de que la revolución soviética no fue una revolución nacional aislada, ni por su contenido ni por su forma, sino un *momento* de la revolución proletaria mundial, y en un sentido más en general, el pistoletazo de salida del proceso revolucionario que agitó a Europa entre 1917 y 1923 –extendiéndose hasta 1927 allende los confines europeos–. En este sentido, es para nosotros de extrema obligatoriedad insistir en que el objetivo de los comunistas rusos de la época, así como el de cualquier marxista revolucionario, no era el triunfo de la revolución en este o aquel país, sino la victoria del proletariado a escala internacional. Las victorias nacionales no podían ser más que momentos o *episodios* de la revolución mundial, la cual había de imponerse, como mínimo, en unos cuantos países adelantados para poder seguir expandiéndose mundialmente^[1]. Siendo el Capital una relación social globalmente articulada, un sistema económico mundial que todo lo subsume en sus lógicas, no puede plantearse otra forma y contenido para la revolución socialista que no sea radicalmente internacional e internacionalista. Algo que, por lo demás, era largamente conocido por los bolcheviques.

En segundo lugar, y precisamente por ser el Capital una relación social –y no una cosa externa que podamos apartar de la vida política–, tampoco era ningún secreto para los bolcheviques que la revolución proletaria había

de consistir en la transformación radical de las relaciones sociales, y no en un mero cambio de gobierno o “toma de Estado”. Desde Marx era consabido que la esencia del poder del Capital no residía en el parlamento nacional ni en ninguna otra institución democrática burguesa; tampoco se hallaba en el “consenso” de los medios de comunicación ni en la “coerción” del aparato burocrático-militar, sino que se trataba de un poder eminentemente *social*, es decir, fundado sobre una relación de clase a través de la cual se organiza la producción y el metabolismo social en su totalidad. Por eso, amén de internacional, la revolución había de consistir en un proceso de autoorganización masiva de los productores directos, en cuyo seno se desplegaran las formas embrionarias de las nuevas relaciones sociales, esto es, la libre asociación de productores como condición para el desarrollo de un trabajo directamente social. Por esa misma razón, la revolución socialista o proletaria había de ser obra del proletariado mismo, de su acción masiva consciente y políticamente organizada, y no de una élite o minoría rectora. Este era, como decimos, el abecé del marxismo, el núcleo teórico del pensamiento político bolchevique.

Dicho lo cual, no puede extrañarnos que Lenin tildara de estupidez infantil, propia de una “increíble e irremediable confusión de ideas”, la pretensión de hacer pasar la “dictadura del partido” por la “dictadura de los jefes” (o gobierno de la minoría) en oposición a la dictadura proletaria (o gobierno de las masas)^[2]. Frente a la falsa dicotomía de quienes trataron de contraponer la forma-Partido al poder organizado del proletariado, el líder bolchevique expondría la necesidad histórica de la primera como forma concreta del segundo, sosteniendo que el gobierno proletario (o socialista) equivalía en primera instancia al “gobierno del partido”.

No puede plantearse otra forma y contenido para la revolución socialista que no sea radicalmente internacional e internacionalista

No obstante, y sea cual fuere la opinión de Lenin, la validez de esta afirmación pasa por concebir el Partido –y nótese aquí las mayúsculas– no como la organización política de una minoría rectora revolucionaria, sino como el movimiento de clase *en su totalidad*, el proletariado organizado y constituido en poder político. Por ello, lo que comúnmente se ha denominado “partido”, no puede serlo sino en minúsculas, a saber: el partido proletario de vanguardia. Ahora bien, este no habría de ser una cosa distinta, *separada* o más o menos *vinculada* al movimiento de clase. Al contrario, un partido proletario de vanguardia sólo merecería el nombre en tanto que elemento constitutivo del movimiento de clase; más concretamente, en tanto expresión *sintética* de la unidad autoorganizativa del proletariado, la forma política concentrada de un movimiento de masas estratégica y democráticamente centralizado. El partido en minúsculas, así, no es el “partido de los jefes” ni una vanguardia dirigista exteriormente constituida, sino la forma resumida del Partido de la Revolución, la dirección político-estratégica unitaria del movimiento de clase del proletariado.



Por tanto, una discusión provechosa que pudiera arrojar algo de luz sobre las limitaciones históricas, sociales y políticas de la revolución soviética habría de ver en qué medida el partido bolchevique fue la “expresión sintética de la unidad del movimiento”, o, dado el caso, en qué medida no pudo serlo, y si las limitaciones que aquí entraron en juego tuvieron algo que ver en la deriva burocrática y su despótica conversión en el “partido de los jefes”.

APUNTES SOBRE LA FORMA-PARTIDO DEL PODER PROLETARIO

No obstante, dilucidar la experiencia bolchevique de la forma-Partido –o situar siquiera un punto de partida al respecto– requiere explicitar algunos de sus presupuestos universales en tanto que forma transicional de poder proletario. En este sentido, cabe antes de nada aclarar el porqué del falso dilema al que hacíamos alusión más arriba. Para el marxismo, oponerse a la necesidad histórica de la dictadura revolucionaria del Partido implica asumir que la forma primera de gobierno socialista habría de equivaler inmediatamente a la autoorganización política de la *totalidad* del proletariado, es decir, al gobierno directo del *conjunto* de las masas, todas ellas organizadas y políticamente involucradas en la administración efectiva de la producción social. Siendo así, el proletariado no

podría imponer su poder político ni, por ende, derrocar el poder de la burguesía, hasta que todas las fracciones proletarias se hubieran incorporado a los organismos de masas y asumieran en ellos funciones políticas efectivas. Solo entonces podría tener lugar una revolución auténticamente socialista que diera paso a un gobierno auténticamente de masas. Como es evidente, esto supone que el conjunto del proletariado podría organizarse de manera unitaria e independiente sin hallar por el camino la más feroz reacción burguesa, es decir, sin que dicho proceso autoorganizativo se diera a través de una escalada en la intensidad de la lucha de clases que abocara en un escenario de guerra total. Así, el rechazo de la forma-Partido –como agente revolucionario y, al mismo tiempo, estructura primigenia del gobierno socialista– nos lleva directos a la tesis de la revolución como evento eruptivo, pero eminentemente pacífico, en donde el 99% de la población se alzaría en un “todos a una” contra el 1%.

El Partido en mayúsculas no puede ser otra cosa que un grado de desarrollo de dicho proceso auto-organizativo de la clase; más concretamente, el grado de desarrollo en el que ya se dan las condiciones para la guerra civil revolucionaria





Ello, como decimos, implica una comprensión de la autoorganización proletaria como algo que se produce a través de la toma abstracta de conciencia, y no, al modo marxista, por medio de un proceso incremental de la lucha clases en el que el proletariado disputa progresivamente a la burguesía el control efectivo de los medios de vida. Entendido así, al modo marxista, el Partido *en mayúsculas* no puede ser otra cosa que un grado de desarrollo de dicho proceso autoorganizativo de la clase; más concretamente, el grado de desarrollo en el que ya se dan las condiciones para la guerra civil revolucionaria, la cual, llegados a este punto madurativo, se habría vuelto inevitable en el sentido más fuerte y fatalista del término. Y, como es lógico, el sujeto gobernante, allí donde el poder burgués fuera desplazado, habría de ser necesariamente la porción de la clase autoconstituida en Partido, y no, desde el principio, el proletariado en su totalidad.

Ahora bien, esto sólo nos indica la necesidad histórica del Partido de la Revolución (o Partido Comunista) como forma transicional del poder socialista, permitiéndonos establecer una serie de marcadores básicos a la hora de rastrear dicho desarrollo en el contexto histórico de la insurrección soviética. No obstante, todavía quedaría por aclarar la cuestión que más exasperaba al líder de los bolcheviques, a saber: la necesidad del partido de vanguardia, al que aquí hemos denominado “partido *en minúsculas*”. Esto sería tan sencillo como entender que un movimiento de clase estratégicamente centralizado presupone la existencia de una estructura centralizadora que ejerce la dirección estratégica del mismo. A esta forma organizativa la podríamos llamar “organización de vanguardia”, “partido de cuadros” o, si quisiéramos, de “revolucionarios profesionales”, y bajo ninguna de estas denominaciones dejaría de ser solamente *una instancia*, una parte indisoluble del movimiento de clase constituido en Partido.

Como decimos, esta estructura centralizadora, lejos de obedecer a la compulsión autoritaria y dirigista de los jefes, no es más que una necesidad impuesta por el propio desarrollo de la lucha de clases, donde el proceso autoorganizativo del proletariado reclama el ejercicio de una serie de funciones especiales que no atañen directamente a las tareas parciales de cada frente o espacio de masas, sino al conjunto del movimiento, a su orientación política y estratégica general. Por eso, el Partido ha de poseer una columna vertebral que le dote de unidad y sentido estratégico, una estructura interna a partir de la cual se despliega el sistema de cuadros, esto es, la red de mediaciones político-organizativas que articulan centralizadamente el movimiento hasta llegar a los frentes y organizaciones de masas, instituciones políticas y estructuras de poder proletario que constituyen la base y fuerza material del Partido.

Sin embargo, e independientemente de si este era el modelo universal que Lenin defendía, lo interesante para nosotros es que el esbozo de los elementos constitutivos de la forma-Partido nos coloca ante aspectos universales de la revolución socialista, cuyas profundas implicaciones llegaron a expresarse como limitaciones paradigmáticas de la experiencia soviética. Evidentemente, el ejercicio de funciones especiales requiere, desde el punto de vista técnico-intelectual, de una serie de capacidades teóricas y prácticas igualmente especiales que el proletariado no puede adquirir más que a través de la lucha colectiva, la organización y la militancia política revolucionaria. Resulta, además, que la división social del trabajo determina una gran diversidad y variabilidad de “talentos” en el interior de la clase, haciendo que las condiciones de partida objetivas y subjetivas sean tremendamente desiguales entre los distintos sectores del proletariado, tanto por lo que respecta a la lucha y la organización como al potencial desarrollo de dichas capacidades especiales. Pero, como decimos, la revolución socialista es aquella en la que el proletariado conscientemente organizado, y no una minoría de especialistas, se apodera de los medios de producción y reproducción de la vida social. Ello requiere, por tanto, que la construcción del Partido –y posteriormente del Estado socialista– no se limite a incorporar al proletariado en las instituciones y organismos de clase al solo efecto de

su participación formal, esto es, por medio de mecanismos democráticos de control y seguimiento de las funciones especiales, sino que ha de realizarse, necesariamente, a través de un proceso de capacitación efectiva de las masas en el ejercicio de dichas funciones. Tan es así que la construcción del Estado socialista, sobre las bases desarrolladas por el Partido, así como su ulterior extinción, equivalen al despliegue progresivo de las mediaciones que posibiliten dicho proceso de capacitación masiva, es decir, el pleno y libre desarrollo de las capacidades individuales del conjunto de la sociedad, socavando hasta los cimientos la “oposición esclavizadora entre el trabajo intelectual y manual” [3]. Esta es, en última instancia, la clave de la transición al comunismo: la plena incorporación de los productores directos a la gestión y dirección del metabolismo social humano, o lo que es lo mismo, la disponibilidad absoluta de los individuos para las múltiples necesidades de la producción social, donde las diversas funciones sociales no sean más que tantas manifestaciones de actividades que se turnan y releven [4].

Llegados a este punto de exposición y esclarecimiento tanto de las condiciones históricas y sociales como de las formas políticas concretas de la revolución socialista, disponemos ya de elementos de juicio suficientes para intentar un primer esbozo de las limitaciones que marcaron indeleblemente la revolución soviética.

El esbozo de los elementos constitutivos de la forma-Partido nos coloca ante aspectos universales de la revolución socialista, cuyas profundas implicaciones llegaron a expresarse como limitaciones paradigmáticas de la experiencia soviética

APUNTES SOBRE LAS LIMITACIONES DE LA EXPERIENCIA SOVIÉTICA

Como es costumbre, empezamos este último apartado situando dos premisas históricas fundamentales:

1. En la década de 1910 se daban las condiciones en Europa para la constitución del proletariado en Partido de la Revolución.

2. En el marco de este proceso internacional de articulación política del proletariado europeo, se daban también las condiciones para la maduración político-organizativa del movimiento proletario ruso como sección del Partido. Precisamente, al desarrollarse como partícula de dicho proceso internacional, y no de manera aislada, es que podían “vencerse” las limitaciones que la evolución histórica de la formación social rusa, ese tan manido “atraso” económico, político y cultural, imponían a la realización del programa comunista.

No obstante, entre las especificidades del capitalismo ruso de la época no sólo hallamos características o condiciones “limitantes”, ya ampliamente conocidas y matizadas –a saber: la ex-

tensión de las relaciones agrarias, las reminiscencias del antiguo régimen económico, la situación del campesinado y semiproletariado rural, etc.– sino también elementos ciertamente “avanzados”, como son el crecimiento localizado pero fulgurante del Capital industrial y crediticio en determinadas áreas del país, la necesaria modernización y racionalización burocrática y administrativa del Estado inherente a dicho desarrollo, la inusitada fuerza organizativa de un proletariado industrial que desde hacía décadas venía mostrando el potencial revolucionario que atesoraba, o la implacable vivacidad del marxismo ruso como parte integrante de la vanguardia socialista europea. Pero si tuviéramos que quedarnos con uno sólo de los elementos definitorios de la formación social rusa, el que mejor nos permita entender su especificidad y condiciones históricas, este sería la existencia, desde la revolución liberal de 1905, de estructuras de poder popular autoconstituidas paralelas a las instituciones burguesas, o lo que se daría en llamar “situación de doble poder”.





La consigna bolchevique de «¡todo el poder para los soviets!» no era un inocente anhelo democratista, ni tampoco una opción política entre otras, sino la estricta plasmación de la necesidad histórica de la revolución proletaria

Para los bolcheviques, la esencia y fisonomía de los soviets era, como no podía ser de otra manera, fruto del entrelazamiento de la revolución burguesa con las formas germinales de la revolución socialista, por lo que no tardaron en ver en ellos la forma política embrionaria de la dictadura revolucionaria de las clases populares y oprimidas. Por eso, la consigna bolchevique de “¡todo el poder para los soviets!” no era un inocente anhelo democratista, ni tampoco una opción política entre otras, sino la estricta plasmación de la necesidad histórica de la revolución proletaria. Por eso también, el desarrollo específico de las formas organizativas del proletariado ruso se hallaría fuertemente condicionado, precisamente, por el carácter interclasista, democrático y popular de las formas de poder soviético, favoreciendo así la aparición de un partido proletario de vanguardia en relación de semiexterioridad respecto de un movimiento de masas profundamente dividido en sus aspiraciones y composición de clase.

Ahora bien, la vinculación errática del partido con las masas no le había de restar un ápice a su papel dirigente durante las jornadas revolucionarias de Octubre. Más bien todo lo contrario. En ellas, bajo la dirección del partido bolchevique, el proletariado ruso

no sólo se impondría espontáneamente en las fábricas frente a sus patronos, sino que ejercería activamente la defensa político-militar de sus propias conquistas, mediante una creciente participación en los soviets, las milicias populares y los órganos de nuevo gobierno. En este sentido, está fuera de toda duda el carácter netamente socialista del proceso revolucionario de Octubre, que no solamente iba a impulsar la autoorganización proletaria en torno a nuevas estructuras de poder político en un grado cualitativamente superior a la de cualquier experiencia pasada, sino que también lo haría allende sus fronteras, abriendo la puerta, por primera vez en la historia del capitalismo, a la revolución proletaria mundial.

La discusión, por tanto, habría de centrarse en las condiciones posteriores, históricas, sociales y políticas, en que dicho proceso iba a desenvolverse. Si la revolución socialista había de ser mandatoriamente internacional –e internacionalista–, ¿cuáles fueron entonces las implicaciones de la derrota del proletariado europeo para un proceso revolucionario ahora totalmente replegado sobre sí mismo, constreñido en una demarcación territorial no ya económica, política y culturalmente “atrasada”, sino absolutamente devastada por casi una década de guerras? A partir de los aspectos desarrollados en el apartado anterior, la respuesta a este interrogante exige, a su vez, cuestionarnos sobre el sujeto político que realmente terminaría haciéndose con el poder más allá de las primeras fases del proceso: ¿fue una red políticamente independiente y estratégicamente centralizada de instituciones proletarias –es decir, el Partido *en mayúsculas*– o fue, por el contrario, una organización de vanguardia crecientemente escindida del movimiento autoorganizativo de las masas?



***Como el mismo Lenin predijo,
el colapso de la revolución mundial no
haría sino sellar definitivamente
cualquier posibilidad de continuidad
efectiva para la revolución soviética***

Como decimos, es a través del proceso internacional desatado a partir de Octubre de 1917 que la organización unitaria de las distintas secciones nacionales del proletariado revolucionario europeo se hallaba por primera vez en condiciones de articular el Partido de la Revolución como agente político de la guerra mundial de clases, siendo la III Internacional de 1919 el punto álgido de dicho proceso autoconstitutivo. Es este y ningún otro el contexto internacional que va a permitir a los bolcheviques, en una situación extrema de aislamiento y crisis interna, mantener avivada la llama de la revolución soviética, siempre supeditados a una

máxima política: aguantar como fuera posible hasta la siguiente ofensiva revolucionaria del proletariado internacional. En este sentido, y como el mismo Lenin predijo, el colapso de la revolución mundial no haría sino sellar definitivamente cualquier posibilidad de continuidad efectiva para la revolución soviética, o lo que aquí es lo mismo, la imposibilidad de seguir impulsando el proceso de autoorganización masiva que permitiera al proletariado soviético articular ampliamente las bases institucionales de un poder político propio y realmente independiente como clase universal.



Sin embargo, y para nuestra descarga, la afirmación de que el éxito de la revolución soviética pasaba por dar continuidad al proceso autoorganizativo de las masas no es en absoluto un postulado novedoso, sino, como venimos diciendo, la piedra angular del programa histórico-universal del comunismo. En palabras del propio Lenin, la dictadura del proletariado tenía por condición indispensable que la base permanente y única de todo el poder político reposara sobre la organización de las masas proletarias. Esta había de ser la única “esencia del poder soviético” ^[5], y la confianza del bolchevique en que dicho proceso iba

a producirse efectivamente en Rusia pendía indefectiblemente de la esperanza en la ofensiva revolucionaria del proletariado internacional constituido en Partido. Esto se debe a que la forma soviética, como bien sabía el ruso, no era ningún “talismán prodigioso” que pudiera curar de la noche a la mañana las lacras del pasado, como el analfabetismo y la incultura, la herencia de la guerra imperialista o, en general, el escaso desarrollo de las fuerzas productivas ^[6], pero menos aún constituía una fórmula mágica que pudiera ella sola sobreponerse a las tendencias contrarrevolucionarias del capitalismo mundial. Todavía más cuando la incor-

poración masiva del proletariado a la organización y administración soviéticas, de manera que las masas organizadas pudieran tomar en sus manos todo el gobierno, toda la administración y dirección de la producción, pasaba no solamente por establecer mecanismos formales de participación democrática, sino, como decimos, por impulsar un proceso masivo de capacitación técnico-intelectual que permitiera a los productores directos participar plenamente de las funciones de dirección y administración de la vida social, que de otra manera quedaban irremisiblemente reservadas a una minoría de burócratas profesionales.

Como hemos observado, esta no es una cuestión reductible al grado de desarrollo técnico-intelectual promedio de la clase trabajadora en una sociedad capitalista en particular –por muy “atrasada” o “avanzada” que pueda estar y por más que esto condicione las tareas de la revolución en un determinado territorio– sino que constituye un imperativo universal del proceso de construcción del socialismo desde sus fases preparatorias hasta sus formas culminantes. Con todo, la problemática técnico-intelectual iba a expresarse paradigmáticamente en la experiencia soviética como una limitación insalvable del proceso revolucionario. Para 1919, Lenin ya había dejado de mostrarse tan optimista respecto de la integración de las masas al poder soviético, y no dudaba en reconocer que la revolución había fracasado estrepitosamente en la tarea de incorporar el proletariado a los órganos de la administración pública ^[7]. El problema del nivel cultural, como dijera, no podía ser sometido a ninguna ley, y ante la imposibilidad objetiva de capacitar a las masas, el recurso a la antigua burocracia zarista se convirtió en la tónica general. En la misma línea, no iba a dudar en hacer explícita la principal limitación histórica y política de la experiencia soviética: la desgracia de verse obligados a heredar el viejo aparato estatal de la burguesía ^[8]. Como venimos señalando, las condiciones históricas en las que hubo de desarrollarse la revolución bolchevique hicieron imposible edificar, sobre las bases políticas y organizativas del Partido de la revolución mundial, una estructura estatal propia que pudiera reemplazar al viejo Estado burgués de acuerdo con las necesidades del proceso revolucionario. En cualquier caso, la práctica de los bolcheviques vino a confirmar la vieja tesis marxista tantas veces omitida por oportunistas de todo signo: el Estado burgués no puede ser destruido si no es mediante su radical y violenta sustitución por órganos masivos de nuevo poder proletario.

Sea como fuere, la existencia de una minoría rectora recientemente instalada en los mandos del Estado capitalista y tendencialmente escindida de un ya colapsado proceso autoorganizativo de masas –así como de cualquier mecanismo democrático o sistema de rendición de cuentas del que este pudiera dotarse– abriría definitivamente las puertas a la deriva burocrática y corporativa del partido bolchevique hasta su plena consolidación como encarnación de las tendencias expansivas del Capital nacional soviético. Y es que, tal y como venimos sosteniendo, la ausencia de Partido *propriadamente dicho*, que, con el tiempo, pudiera evolucionar coherentemente hacia la forma-Estado socialista como fase avanzada de la revolución proletaria mundial, llevaría a que las conquistas de la lucha de clases revolucionaria, así como las formas de poder y gobierno proletario en que habían cristalizado, no encontraran otro modo de perpetuarse que por media-

ción de la maquinaria burocrático-administrativa del Estado capitalista. Ello implica, lógicamente, que la expropiación de la burguesía y la subsiguiente apropiación de los medios de producción no iba a realizarse en Rusia a través de un proceso de asociación masiva en que los productores directos pasaran a ejercer ellos mismos el control sobre las condiciones sociales de su actividad productiva, y, por ende, sobre su propio trabajo, sino más bien mediante un cambio de titularidad jurídica, que, al tiempo que expandía la desposesión de las masas trabajadoras, signaba la centralización del Capital en manos de una nueva minoría. El Estado capitalista no tardaría en subsumir a su nuevo huésped, el partido de los bolcheviques, que, habiendo nacido como organización revolucionaria, pronto iba a transmutar en pura y dura burocracia soviética, encontrando así el Capital nacional su nueva personificación política en el aparato estatal.

***El Estado burgués no
puede ser destruido si no
es mediante su radical
y violenta sustitución
por órganos masivos de
nuevo poder proletario***

Por su parte, las tendencias burocráticas y corporativas se desplegarían también, como no podía ser de otra manera, por medio de las relaciones internacionales que iba a forjar el partido del Capital soviético en el escenario geopolítico mundial. De igual modo que el fracaso de la revolución internacional agotaba el proceso de autoorganización masiva del proletariado ruso en torno a sus propias instituciones, el repliegue y colapso de la revolución soviética como partícula de aquella, y la consiguiente subsunción del partido en la estructura estatal burguesa, hicieron de todo punto imposible que el bolchevismo ejerciera de punta de lanza de una eventual reactivación del proceso revolucionario mundial, fuera en el viejo continente o más allá de este. Como venimos diciendo, la estrategia de los bolcheviques frente al aislamiento de la revolución y el asedio de las potencias capitalistas no pudo ser más que un intento desesperado por ganar tiempo, por aguantar como fuera posible hasta que el siguiente estallido

de la revolución mundial pudiera reactivar el proceso de autoorganización masiva del proletariado en torno a la edificación de órganos de nuevo poder. Es en estas coordenadas que hemos de ubicar el repliegue bolchevique sobre la necesidad de un inmediato desarrollo de la economía nacional, especialmente a partir de 1921, como medio para estabilizar la situación interna del país y posibilitar la espera bajo la dirección del partido. Sin embargo, y como el propio Lenin sabía, el desarrollo de la economía nacional, independientemente del modo en que el gobierno bolchevique tratara de intervenir en ella desde el Estado, significaba dar rienda suelta a lógicas ciegas del movimiento automático y autoexpansivo del capital; significaba, a fin de cuentas, subirse al vagón de una locomotora cuyo rumbo no podían controlar ni frenar, sino a lo sumo “cabalgar” durante un breve lapso de tiempo, y rezar por que fuera definitivamente truncado por una nueva ofensiva del proletariado mundial.



El desarrollo de la economía nacional, independientemente del modo en que el gobierno bolchevique tratara de intervenir en ella desde el Estado, significaba dar rienda suelta a lógicas ciegas del movimiento automático y auto-expansivo del capital

Este particular “camino al socialismo” tenía, como decimos, un recorrido extremadamente corto si la revolución no estallaba de nuevo de forma inminente. De lo contrario, la propia dinámica de acumulación nacional de Capital, expresada externamente en la gestación y defensa de unos intereses geopolíticos propios, terminaría por engullir y someter a sus lógicas cualquier conato revolucionario dentro y fuera de sus fronteras. De este modo, las presiones internas en pos de la estabilidad y recuperación económica del país, la consiguiente restauración de las relaciones comerciales con los países capitalistas y la puesta en marcha de los pertinentes movimientos diplomáticos consumaron la plena integración del Estado soviético en el sistema capitalista mundial; un proceso que, desde el principio, iba a demostrarse abiertamente antagónico a los intereses del proletariado revolucionario.

Para cerrar esta breve caracterización de la experiencia soviética, no podemos dejar sin mencionar –aunque ello suponga dejar elementos a medio cerrar y otros tantos a medio abrir– que la necesidad de estabilización y crecimiento económico internos encontraría en la teoría del socialismo en un solo país su más perfecta justificación política. La oficialización de esta teoría supondrá un antes y un después en la comprensión estratégica

de la revolución proletaria y en las aspiraciones de los comunistas de medio mundo. A partir de entonces, ya no se trataría de escoger sistemáticamente la vía más propicia para hacer avanzar el proceso revolucionario y restituir el Partido a escala mundial. La acción política de los comunistas había de regirse ahora por la máxima de cerrar filas alrededor de la Unión Soviética, someterse a la dirección de la Komintern y dar cumplimiento a las consignas del PCUS, incluso cuando ello implicara, como a menudo lo hizo, un baño de sangre para el proletariado revolucionario. Al fin y al cabo, este era el sacrificio de clase que iba a exigir la defensa de la “gran patria socialista”.

Y de aquellos barro, estos lodos... Un siglo después, el fantasma del comunismo todavía arrastra las cadenas de su penitencia.

La crítica del estalinismo, como forma histórica del colapso de la revolución y las tendencias contrarrevolucionarias del capital, no es un capricho teórico, sino un paso necesario para romper con el peso muerto de la tradición. Ahora bien, la crítica sólo será de provecho si se despliega en el marco de un amplio debate alrededor de las necesidades estratégicas actuales de la revolución socialista. Ahí está la clave del éxito contra los prejuicios del pasado que amordazan nuestro presente. ●





REFERENCIAS

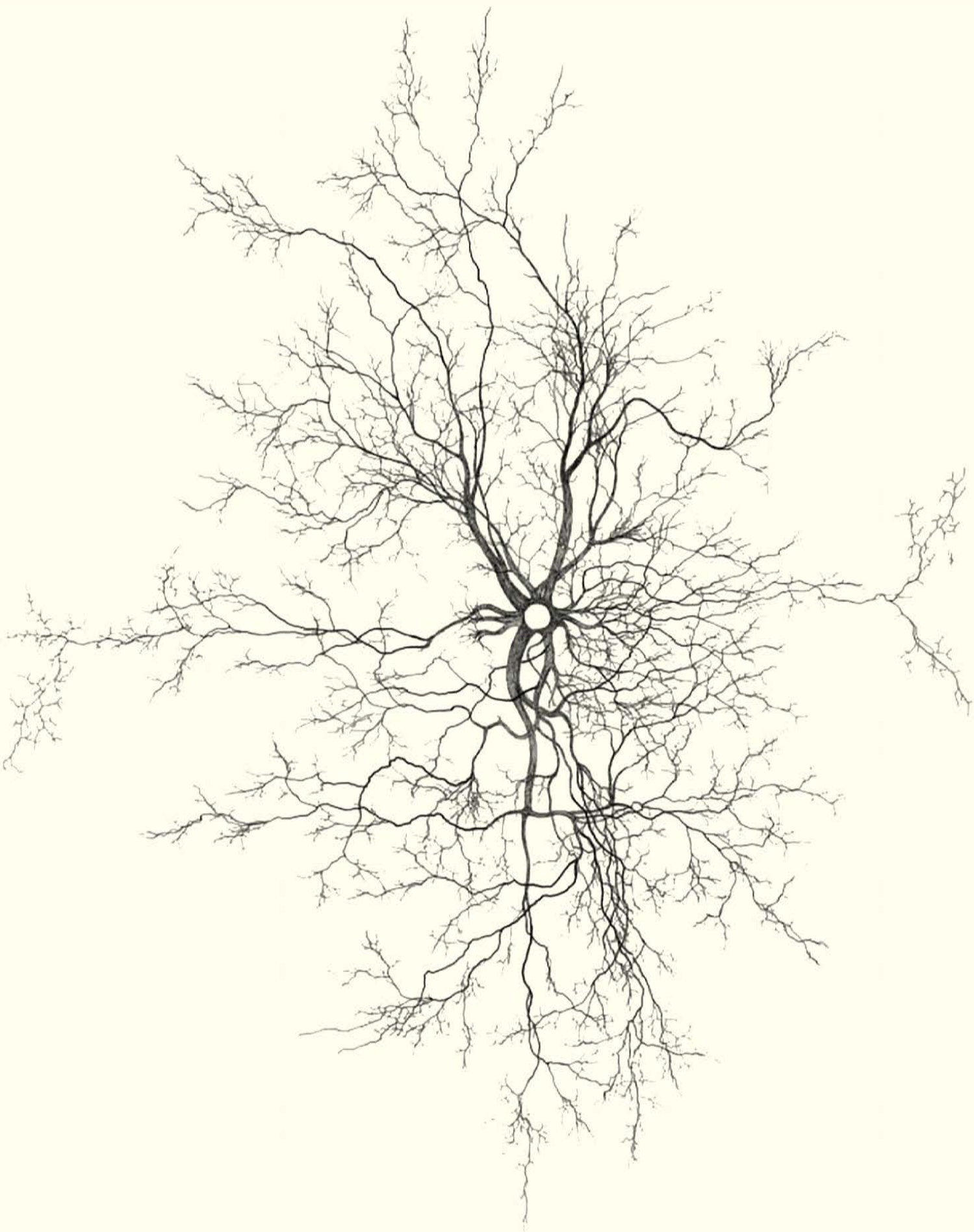
- [1]** Stalin, J. (1924). *Los fundamentos del leninismo*.
- [2]** Lenin, V. I. (1920). *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*.
- [3]** Marx, K. (1875). *Crítica del Programa de Gotha*.
- [4]** Marx, K. (1867). *El Capital* (Vol. 1).
- [5]** Lenin, V. I. (1919). *Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. Presentado al I Congreso de la III Internacional*.
- [6]** Lenin, V. I. (1890). *¿Qué es el poder soviético?*
- [7]** Lenin V. I. (1919). *Discurso en el VIII Congreso del PC(b) de Rusia. En la recopilación Lenin, V. I., Acerca de la incorporación de las masas a la administración del Estado. Progreso, Moscú*.
- [8]** Lenin, V. I. (1922). *Cinco años de la Revolución Rusa y perspectivas de la revolución mundial. Presentado en el IV Congreso de la Internacional Comunista*.

HISTORIA
REPORTAJE

El movimiento revolucionario durante la primera mitad del siglo XX



Miguel García



La constitución del proletariado como movimiento político está atravesada históricamente tanto por sus victorias como por sus derrotas. Si las victorias describen los grandes hitos de nuestra clase como movimiento revolucionario, su madurez histórica y la profundidad de su acción; las derrotas, en tal o cual nación o continente, aportan no sólo lecciones que tienen validez internacional para toda la clase, sino también, el establecimiento de determinados principios teóricos y prácticos.

El siglo XX marcará las cotas más altas y amplias en su camino, inacabado a todas luces, por su definitiva emancipación así como sus límites más duros. Para poder analizar su recorrido desde ese período consideramos necesario retrotraernos, brevemente, al papel de la II Internacional para no empezar su historia por el final.

LA II INTERNACIONAL (1889-1914): CONSOLIDACIÓN Y QUIEBRA DEL MOVIMIENTO OBRERO

La derrota de la Comuna de París (1871) y la disolución de la AIT marcan dos condiciones importantes, tanto objetivamente como subjetivamente, para el movimiento obrero: la entrada del modo de producción capitalista en su fase imperialista y la organización de millones de proletarios en los partidos obreros socialdemócratas.

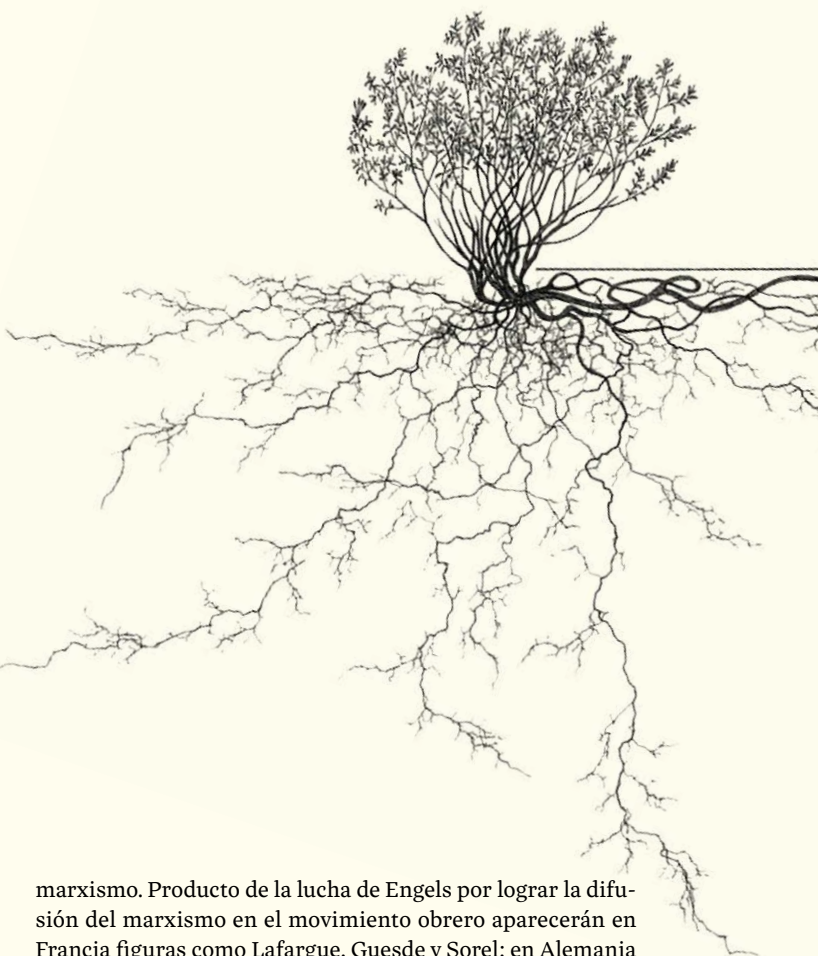
Entre los factores determinantes que marcan esta transición se encuentran: 1) La unificación de Estados Unidos (Guerra de Secesión entre 1861-1875) y Alemania (Guerra franco-prusiana de 1870) que supondrá la creación de dos bases para el desarrollo del capitalismo. Supondrá, asimismo, una alteración de la correlación de fuerzas a nivel mundial, siendo perjudicados Inglaterra y Francia; 2) El desarrollo de las fuerzas productivas fruto de la segunda revolución industrial; 3) La crisis de sobreproducción cristalizada en toda su expresión en la gran depresión de 1873; 4) La aparición del proteccionismo producto del estrechamiento del mercado mundial; 5) La centralización de capitales: aparición del fenómeno monopolista y eliminación de la libre competencia como práctica dominante; y, 6) La lucha entre las diferentes potencias capitalistas por la conquista de las materias primas y los nuevos mercados a nivel mundial.

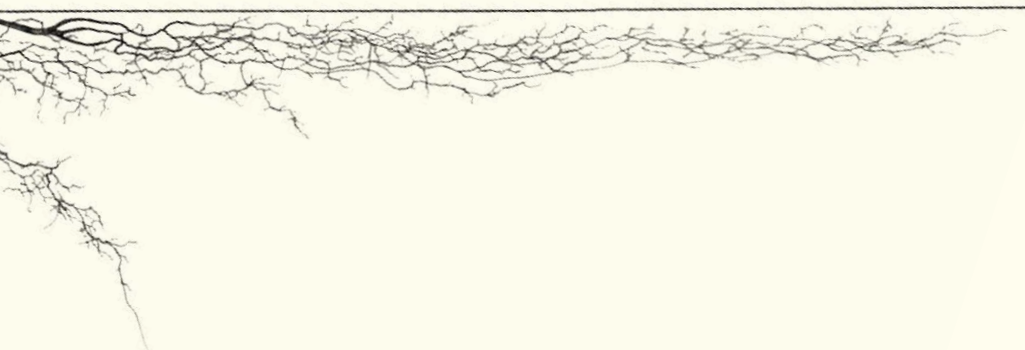
Entre 1876 y 1888, Marx se retirará del combate político (muere en 1883) dejando a la cabeza para esa tarea a Engels. Este se encargará de las polémicas más candentes dentro del

marxismo. Producto de la lucha de Engels por lograr la difusión del marxismo en el movimiento obrero aparecerán en Francia figuras como Lafargue, Guesde y Sorel; en Alemania Bebel, Bernstein, Kautsky y más tarde Liebknecht, en Rusia Plejanov o en Italia Labriola.

El partido obrero de masas será la organización predilecta y referente en Europa. Un partido que aglutina a millones de obreros capaz de generar instituciones paralelas a la sociedad burguesa, de ser un estado que coexiste dentro de la propia sociedad burguesa, pero sin realizar la revolución. En su seno se darán dos debates estratégicos de enorme relevancia: el debate entre reforma y revolución (que enfrentará a Bernstein contra Rosa Luxemburgo) y el debate sobre asalto o desgaste (que será el que enfrente a Kautsky contra Rosa Luxemburgo).

La II Internacional nacerá producto de dos congresos simultáneos y enfrentados: uno, organizado por los socialistas franceses (guesdistas); otro, por los blanquistas (Vaillant). Sin embargo, el modelo organizativo de la II Internacional no guardará conexión con el primero de la AIT. No dispondrá de una estructura centralizada y unitaria pues será, en su lugar, reemplazada por una federación de partidos estatales. Esta sustitución conllevará la autonomía de dichos partidos que priorizarán más la forma nacional de sus asuntos al fondo internacional que debería guiar dicha organización.





El modelo organizativo de la II Internacional no guardará conexión con el primero de la AIT. No dispondrá de una estructura centralizada y unitaria pues será, en su lugar, reemplazada por una federación de partidos estatales

Las cuestiones más importantes que agitarán la II Internacional serán los dos debates mencionados más arriba entre reforma y revolución; el camino de asalto o desgaste con respecto a la toma del poder político y la relación entre cuestión nacional e internacionalismo a raíz del colonialismo.

En la cuestión colonial, el ala oportunista y socialchovinista de la II Internacional, comandada por Vandervelde, apostará por la anexión de las colonias (caso de Sudáfrica por parte de los fabianos o del Congo por parte de los belgas); por la figura de la “autonomía” bajo la soberanía de la potencia imperialista ocupante (caso de la India) o por la posición centrista que, al mismo tiempo que rechaza la ocupación colonial, acuerda conceder una “independencia” gradual a las colonias (Kautsky en Alemania). La posición revolucionaria estará encabezada por los socialdemócratas rusos que establecerán una política internacional que vinculará la lucha por la revolución socialista con la independencia de las colonias.

El inicio de la I Guerra Mundial (1914) supondrá la bancarrota definitiva de la II Internacional. Además de las tres cuestiones mencionadas, se unirá una cuarta que marcará la ruptura definitiva: la guerra imperialista. La socialdemocracia alemana responderá en bloque cerrando filas con su propia burguesía votando a favor de los créditos de guerra para mandar al matadero a millones de proletarios. El proletariado revolucionario sostendrá que la posición revolucionaria pasa por el derrotismo revolucionario (no sólo trabajar por la derrota de tu propia burguesía en la propia guerra sino convertir dicha guerra imperialista en guerra revolucionaria de masas para vencer políticamente mediante la revolución socialista). Esta será la posición que sostengan los bolcheviques a la cabeza y, en Alemania, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

La ruptura irreconciliable dentro del movimiento obrero y socialista se consuma. Comenzará el período revolucionario más álgido a nivel mundial en la historia del proletariado. En Irlanda, en 1913, una huelga revolucionaria desembocará en un levantamiento contra el nacionalismo reaccionario que negociaba en el parlamento inglés, contra el nacionalismo republicano y, naturalmente, contra la potencia ocupante: Inglaterra. La lucha por la libertad de Irlanda tendrá que ir enlazada necesariamente por un combate simultáneo contra el desarrollo del capitalismo imperialista y de la mano de la emancipación del proletariado como clase. Sólo mediante la revolución socialista la cuestión nacional y agraria podrán tener verdadera solución. Aplastada a sangre y fuego, el eco de dicha sublevación resonará nuevamente el 24 de abril de 1916, el Alzamiento de Pascua, cuando el Ejército de Ciudadanos Irlandeses (el primer ejército rojo de la historia que dirá Lenin), íntegramente compuesto por proletarios, vuelva a insurreccionarse contra Inglaterra. James Connolly creará dicho ejército desde 1913 y su movimiento proclamará la independencia de Irlanda con la creación de la República. La insurrección será sofocada fusilando a sus principales líderes (el primero el propio Connolly) y con la represión de 4.000 proletarios.

Desde entonces, se abre un intenso periodo de lucha de clases en el plano ideológico y político dentro de la socialdemocracia internacional (principalmente europea). El ala revolucionaria vuelve a poner encima de la mesa la necesidad de constituir una nueva Internacional. Las conferencias de Zimmerwald y Kienthal buscan caminar en esta dirección pero no lograrán avances más que parciales debido al insuficiente deslinde con el centrismo, la presencia del pacifismo y, en consecuencia, la existencia del oportunismo.

En octubre de 1917 tendrá lugar en Rusia la primera revolución proletaria de la historia liderada por el partido bolchevique. Lo que parecía una risible utopía para la burguesía, esto es, que el proletariado revolucionario pudiera conquistar el poder político e instaurar el primer estado de dictadura del proletariado se convertirá en realidad. Pero no todo será un camino de rosas, pues a la inicial insurrección de octubre le vendrá casi inmediatamente la guerra civil rusa con la participación activa de las principales potencias imperialistas que sólo finalizará en 1923 con la victoria de los bolcheviques. La primera revolución proletaria triunfante prevalece contra todo pronóstico.

LA III INTERNACIONAL O LA INTERNACIONAL COMUNISTA (1919-1943): EL PARTIDO COMUNISTA MUNDIAL

La Revolución de Octubre no sólo ha permitido iniciar el camino para la construcción del socialismo en Rusia (más adelante, en 1922, denominado Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) sino que su ejemplo ha extendido las llamas de la revolución por todo el globo (y en especial Europa). Se produce la *November Revolution* en Alemania (1918) que acabará con el asesinato de Rosa Luxemburgo y Liebknecht a manos de los socialdemócratas, los levantamientos y huelgas en Finlandia (1918), la revolución en Hungría (1919) y el importante biennio rosso en todo el norte Italia (1919-1920) que supondrá la ocupación de fábricas y la creación de auténticos órganos de poder proletario como los consejos de fábrica. En 1921, nacerá el Partido Comunista Italiano producto de la separación con el reformista y socialchovinista Partido Socialista Italiano (PSI).

**El ala revolucionaria vuelve a poner encima de la mesa
la necesidad de constituir una nueva Internacional.
Las conferencias de Zimmerwald y Kienthal buscan
caminar en esta dirección pero no lograrán avances
más que parciales debido al insuficiente deslinde con el
centrismo, la presencia del pacifismo y,
en consecuencia, la existencia del oportunismo**

El I Congreso de la IC estará, pues, dominado por la tesis del derrumbe simultáneo del reformismo de la II Internacional y del capitalismo; por la inminencia de la revolución en Occidente y por una ruptura política pero incompleta ideológicamente con la socialdemocracia

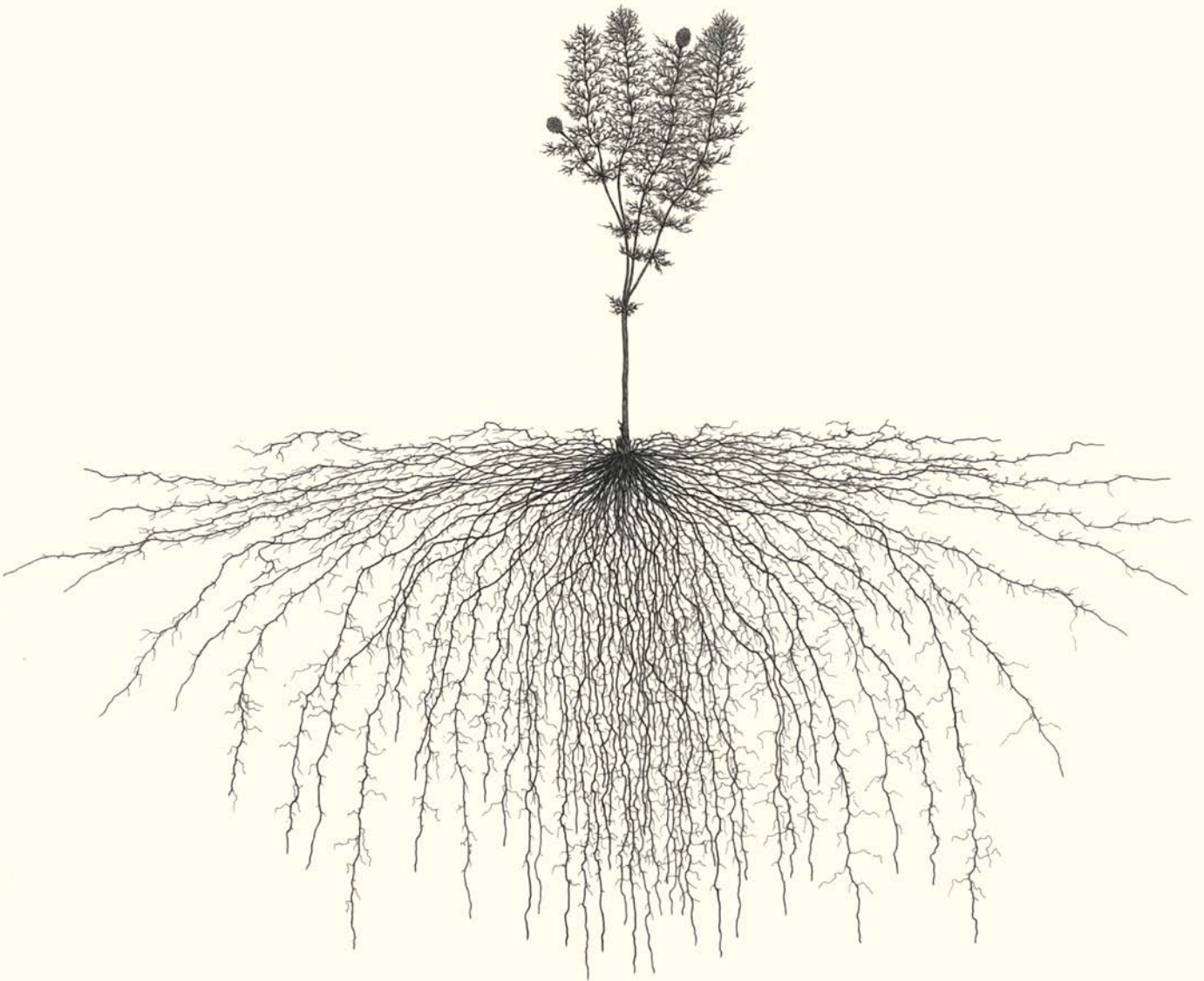
1919 es el año donde nace la Internacional Comunista (IC), siendo entre el 2 y el 7 de marzo el I Congreso de la IC. En su declaración firmada se afirma la necesidad de una organización internacional revolucionaria, escindida por completo de los “elementos social-traidores”, cuyo principal partido dirigente es el Partido Bolchevique. La revolución de Octubre será confirmada como el sendero correcto a recorrer por parte de los partidos revolucionarios (partido de vanguardia de nuevo tipo frente al partido de masas social-demócrata) para lograr el camino hacia la conquista del poder. El I Congreso de la IC estará, pues, dominado por la tesis del derrumbe simultáneo del reformismo de la II Internacional y del capitalismo; por la inminencia de la revolución en Occidente y por una ruptura política pero incompleta ideológicamente con la socialdemocracia.

En plena ola revolucionaria (1918-1919), todas las revoluciones e insurrecciones resultan aplastadas sin piedad una a una por parte de la burguesía. En ese contexto se reúne el II Congreso de la IC (21 de julio-6 de agosto) ante el empuje del proletariado revolucionario. A los avances organizativos reales, con partidos con fuerza política y peso específico, le faltaba la concreción programática iniciada en el I Congreso, en especial con las tesis enunciadas por Lenin sobre “La democracia burguesa y la dictadura del proletariado”. La búsqueda de una homogeneidad en el programa de la revolución se imponía para no desaprovechar la llamarada revolucionaria vigente. El resultado de esta homogeneización serán las “21 condiciones de entrada a la Internacional Comunista” que suponía la aceptación firme de la ruptura radical con la

II Internacional y la concepción del partido de vanguardia de nuevo tipo. Un hito de importancia notable será el Congreso de Bakú de los Pueblos de Oriente (1920) por suponer la unión del movimiento revolucionario mundial en los países imperialistas con los pueblos oprimidos por parte del imperialismo.

En marzo de 1921, se prepara la primera insurrección coordinada de forma internacional (teoría de la ofensiva y teoría de la acción parcial) para la revolución comunista en Alemania. La teoría de la ofensiva animaba la insurrección en Alemania al establecer la disposición “objetiva” para la lucha revolucionaria por parte del proletariado pero este último, influido y educado durante décadas por la práctica del reformismo, estaba lejos de inclinarse mayoritariamente como clase hacia la revolución social. Dado que dicha influencia actuaba como un somnífero, era necesario una acción independiente del partido al margen de las masas (acción parcial) a fin de ponerlas en movimiento y arrastrarlas a la acción revolucionaria masiva.

El fracaso de las insurrecciones y la imposibilidad de mantener firmes las breves revoluciones iniciadas (a excepción de la URSS) marcarán el paso a la política del Frente Único que se diseñará entre el III Congreso (junio de 1921) y el IV Congreso de la IC (noviembre de 1922).



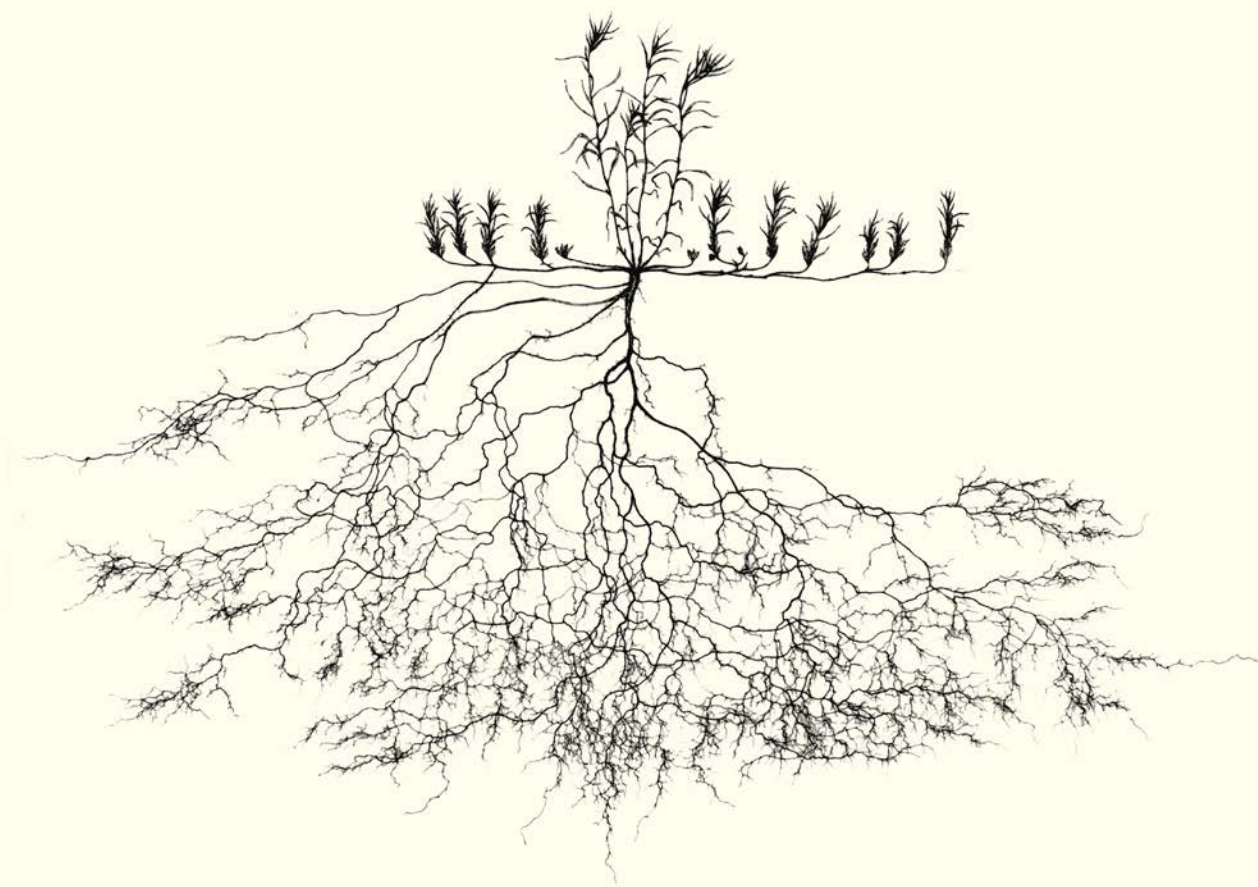
Los resultados de la oleada revolucionaria arrojarán resultados contradictorios. Por un lado, la socialdemocracia después de la I Guerra Mundial ha conseguido contener los embates de los comunistas, ha estabilizado relativamente su posición de clase porque la burocracia obrera, partidista, sindical y parlamentaria no ha resultado quebrantada pero, esta es su debilidad, el timón de su hegemonía en el seno del movimiento obrero ya no es indiscutible. Por parte del comunismo, la revolución internacional ha quedado neutralizada y sofocada en el corto plazo. La lección dura es que el capitalismo puede ser, en apariencia, un sistema frágil (extenso, complejísimo, con multitud de puntos de fallos posibles) pero posee una capacidad de recomponerse y adaptarse asombrosa. La lección positiva es que cuentan con un inmenso prestigio entre el proletariado, que han salido, con todo, fortalecidos pese a ser minoría en la mayoría de países europeos pero que la tarea pendiente es ganar a la mayoría de la clase obrera. Una dificultad más: si la posibilidad inminente de la revolución era esperable, su derrota coloca al proletariado en una posición más incómoda al tener que partir de luchas que no son ya ofensivas.

En base a estos hechos, se propondrá una política unitaria con quiénes son los enemigos: los socialdemócratas. El capitalismo, según la teoría del Consejo Ejecutivo de la IC, había logrado una estabilización temporal, y los comunistas debían unirse a los frentes unidos para frenar el declive de las fuerzas revolucionarias dentro de la clase obrera. En algunos países esta tesis se interpretó como frentes unidos creados “desde abajo”, es decir, con miembros pero no con dirigentes de organizaciones reformistas (será el caso de Italia); en otros, como en Gran Bretaña, se interpretó como frentes unidos “desde arriba”, con dirigentes reformistas. Los sindicatos serán el centro de agrupación y organización de la clase obrera. El lugar donde la IC piensa que se nutre el Partido de los futuros cuadros comunistas. Por ello, la política del Frente Único será una política orientada a una acción conjunta en el movimiento obrero de cara a dar una batalla contra las fuerzas socialdemócratas. La rebaja de esta política era vista como un paso atrás temporal producto de la ausencia de victorias revolucionarias y un aumento de la fuerza del reformismo, que quedaba lejos de estar desacreditada.

Sin embargo, los efectos prácticos de la política del Frente Único serán casi nulos. La táctica de buscar un compromiso con los socialdemócratas de la Internacional no pasará de una declaración formal sin fuerza ni proyección. Es más, al poco tiempo dicha Internacional volverá a la II Internacional. Sus consecuencias más relevantes se darán en el plano teórico: se planteará como un programa comunista puede conducir a las masas desde las luchas inmediatas a la lucha por el poder. Las medidas incorporadas serán siempre transitorias y nunca una cuestión fija.

La política del Frente Único será una política orientada a una acción conjunta en el movimiento obrero de cara a dar una batalla contra las fuerzas socialdemócratas. La rebaja de esta política era vista como un paso atrás temporal producto de la ausencia de victorias revolucionarias y un aumento de la fuerza del reformismo, que quedaba lejos de estar desacreditada

El KPD abrazará la política del frente único y se producirán diferentes debates en relación a la formación de un “gobierno obrero”; la conjugación de la posibilidad de ganar la hegemonía en el parlamento y vincularlo con la dictadura del proletariado y qué papel tendría como “instrumento de transición”. Todos estos debates marcarán el IV Congreso de la IC. La estrategia se centrará en los países capitalistas desarrollados sobre los problemas que plantea el período de reflujo de la revolución: las fuerzas reales existentes dentro del movimiento obrero, las luchas defensivas y su papel, la tradición parlamentaria en el seno de la clase (participación, abstención o boicot), las reivindicaciones parciales y su relación con el programa comunista o el trabajo en los sindicatos reformistas.



En 1923 se produce una crisis revolucionaria ante la ocupación de Francia del Ruhr, los comunistas franceses (PCF) y la Confederación General del Trabajo Unitario se unen junto a los consejos de fábrica del KPD (Partido Comunista Alemán separado del antiguo SPD) para frenar dicha ocupación por medio de sabotajes y de huelgas generales que desembocan en enfrentamientos militares entre el proletariado y la policía burguesa. Posteriormente, en octubre de 1923, estallan insurrecciones armadas en Berlín, Baviera, Hamburgo (siendo tomada la ciudad por los obreros) y Renania. Las fuerzas de la burguesía apagarán las diferentes intentonas insurreccionales disolviendo los consejos obreros. Las acciones revolucionarias en Alemania, serán continuadas en Polonia con la toma de la ciudad de Cracovia, la revolución en Bulgaria durante un año, o la insurrección en Estonia. Todos estos movimientos nacen al calor de una fuerza propulsora y un modelo (la revolución de Octubre) que permite una teleología política beneficiosa en el corto plazo pero problemática en el largo: la inevitabilidad de la revolución, la fe en la victoria del socialismo y la confianza en que las contradicciones del capitalismo generan constantemente aperturas políticas que pueden usarse en su contra. Asimismo, el espejo que la revolución de Octubre tiene en el conjunto de los partidos comunistas europeos (en especial el alemán) mostrará en toda su crudeza sus errores: la socialdemocracia es una fuerza estabilizadora del capitalismo a nivel económico y político como ninguna otra; sus instituciones tienen

legitimidad y una fuerte tradición en el movimiento obrero y, lo más relevante, no existe un fuerte legado de luchas revolucionarias en Occidente. Todos estos elementos eran justo lo opuesto a lo que sucedió durante la Revolución de Octubre. El fracaso de la revolución de 1923 en Alemania selló las opciones revolucionarias en Europa que se abrieron tras la revolución rusa.

En consecuencia, la política de la Internacional y de la URSS cambiará radicalmente. En el plano interno de la URSS, los debates pivotarán sobre la revolución permanente o el socialismo en un sólo país. Será esta última posición liderada por Stalin la que triunfe en 1927. El reflujo de la revolución impondrá, como medida temporal, la preservación de la URSS como faro de la revolución. Pero de elemento táctico inicial paulatinamente se convertirá en principio estratégico conllevando que la URSS busque normalizar sus relaciones con el mundo capitalista, anteponga su desarrollo interno a los intereses de la revolución mundial, y vaya rebajando el papel de la Internacional Comunista hasta hacerlo su entero instrumento. Esta situación se verá claramente en el nuevo giro que dará la Unión Soviética mejorando sus relaciones con Gran Bretaña, reforzando los lazos económicos con Estados Unidos y sus conversaciones con Alemania. Se relajará por parte de Stalin y Chicherin el monopolio del comercio exterior. La situación internacional y el estado de ánimo en el partido no es ya temeroso de una nueva guerra contra las potencias capitalistas ^[1].

Con estos elementos se celebrará el V Congreso de la Internacional Comunista (1924) que consistirá en la bolchevización de los Partidos Comunistas. Será aceptado por prácticamente la totalidad de Partidos integrantes de la IC excepto por los bordiguistas italianos que criticarán este enfoque por adoptar la misma estructura organizativa que la del partido bolchevique sin atender a las diferentes características y particularidades que corresponden a los intereses del proletariado de cada país. Abierto dicho viraje político, le seguirá el período comandado por Bujarin al frente de la IC. Durante su dirección se adoptará la “política clase contra clase” (1928) que señalará a la socialdemocracia como socialfascista, socialchovinista y socialimperialista^[2]. En este contexto, hay que recordar el ascenso y victoria del fascismo en Italia y su desarrollo cada vez más inquietante en Alemania. La posición de la URSS estará a caballo entre una política de paz y convivencia con el resto de potencias capitalistas “sin resignarse a reconocer al capitalismo”^[3]. De cara a la política de la Internacional Comunista, supondrá la desaparición de las perspectivas revolucionarias hasta principios de los años 30 y el fracaso de su sección más avanzada.

En relación a la política con respecto a los países coloniales, se adoptará desde comienzos de la década de los 20, en el II Congreso de la IC, la posición de una alianza temporal con la burguesía nacional en los países coloniales y atrasados pero a condición de no fusionarse con ella y mantener la independencia política en todo momento. Sin embargo, en los hechos, irá deformándose esta orientación para subordinar a los partidos comunistas a los movimientos nacionales burgueses como sucederá en toda Asia. El caso más sangrante será el del Partido Comunista Chino (PCCh) que, durante prácticamente toda la década de 1920, comenzará su andadura con una táctica de colaboración y alianzas con la burguesía nacionalista, encarnada en el Kuomintang (KMT), al seguir las directrices marcadas por la táctica global de la Comintern. La burguesía agraria, en su intento de detener la lucha campesina que ponía en jaque las relaciones de propiedad en el campo, aprovechará esta alianza para debilitar al PCCh, lo que llevará al partido comunista a perder su posición de independencia política, de referencia para el campesinado y el proletariado, y a adoptar una línea derechista y pacificadora que no será, pese a todo, suficiente para el Kuomintang. En 1927, el propio Kuomintang decide romper unilateralmente dicha alianza y exterminar sistemáticamente a miles de comunistas en el campo y la ciudad, forzando a una retirada a los revolucionarios para no ver desintegrado su propio Partido. La tragedia será consumada en el mismo año de 1927 con el aplastamiento de la insurrección proletaria en Cantón por parte del Kuomintang.

Tras el revés político del PCCh y la ruptura de la alianza con el KMT, por parte del PCCh frente a la oposición de la Comintern, la línea de masas de la revolución china se centrará en el campesinado pobre y su agrupación en las zonas remotas debido a las guerras libradas por la tierra y las constantes rebeliones de dichas masas ^[4]. La apuesta del PCCh centrada en el movimiento campesino debido al aniquilamiento del proletariado en las ciudades le llevará a romper con la estrategia de la URSS y de la IC en tres puntos:

1. Oposición a la disolución del Partido Comunista en el Kuomintang propugnando y luchando por su independencia organizativa frente a la posición de Stalin;

2. Dirección del proletariado mediante el Partido Comunista incluso en la fase de la revolución burguesa, rompiendo con las concepciones mencheviques de la Internacional Comunista;

3. Inicio de la guerra popular como estrategia revolucionaria para un país semicolonial y semifeudal basada en la construcción de los órganos revolucionarios de poder político y definición de una línea militar para comenzar la lucha armada frente a la agotada estrategia insurreccional de la Internacional Comunista. Al mismo tiempo, se iniciará la lucha ideológica y política en el seno del PCCh para combatir tanto el oportunismo de derecha (búsqueda de un estrecho vínculo con el Kuomintang y los terratenientes) como el oportunismo de izquierda (atrapado en el obrerismo insurreccional que daba la espalda a la lucha de las masas campesinas).

Esta ruptura marcará el inicio de la reconstrucción de las fuerzas revolucionarias en bases de apoyo en el campo, lo que será conocido como La Larga Marcha. Es aquí cuando el PCCh recupera su posición independiente y de referencialidad, convirtiéndose en la única fuerza capaz de dar una solución revolucionaria a los problemas abiertos en el campo, de cumplimentar las tareas democrático-burguesas y de llevar a su término la revolución comunista de forma exitosa. El curso de la revolución china estará marcado, especialmente desde los años 30 hasta finales de los 40, pero también después, por la afirmación formal de estar de acuerdo con la táctica de la Comintern pero su desobediencia sistemática en los hechos. En China la línea de Wang Ming, la específica de la Comintern y del PCUS, que antepone los intereses soviéticos a los de la propia revolución china será quebrada progresivamente hasta la Campaña de Zheng Feng donde

triunfará completamente la posición de Mao al frente del PCCh ^[5]. Las tensiones con la Internacional Comunista serán entonces abiertas, provocando que los máximos líderes del PCCh dejen de reunirse con el grupo de enlace soviético y que los cuadros de inteligencia del Partido Comunista bajo el mando de Kang Sheng empiecen a seguir al personal soviético en China ^[6]. Al mismo tiempo, se dejará de pasar información sobre cualquier cuestión y asuntos internos del PCCh a la URSS y la política revolucionaria quedará fuera del alcance de cualquier injerencia externa. Tras el fin de la segunda guerra mundial, y la derrota del imperialismo japonés en China, se desatará la guerra civil abierta entre el Kuomintang y el PCCh, venciendo este último y proclamando la revolución en 1949.

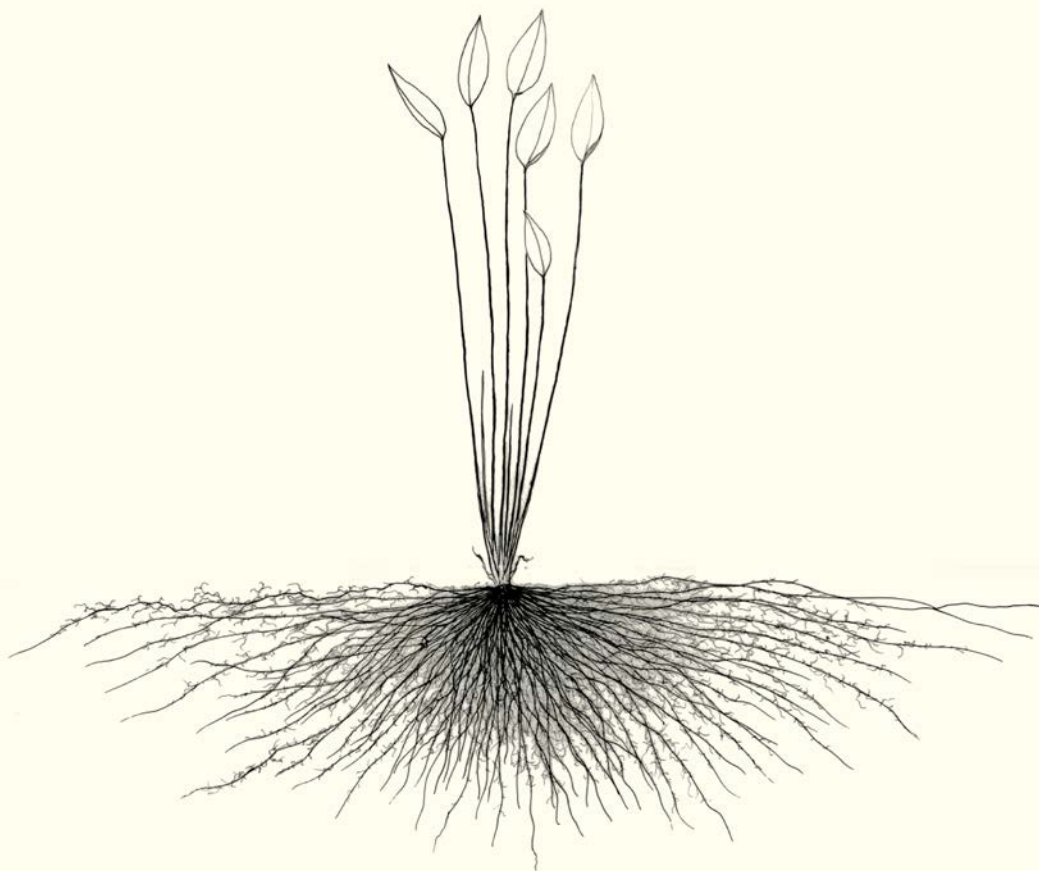
Y si esto es así en los países coloniales, hasta los años 30, no se vivirá un ascenso revolucionario en Europa como a comienzos de la década de 1920. En 1933, el partido nazi alcanzará el poder en Alemania desatando una represión brutal contra todas las organizaciones del movimiento obrero y desarrollando una completa integración de los sindicatos en el Estado. Esta política supondrá la estabilización de uno de los pilares que tenía el movimiento comunista a la hora de poner en jaque a la burguesía en Europa. La mayor experiencia revolucionaria se dará en España, primero con la insurrección proletaria de Asturias (5 de octubre de 1934) y, posteriormente, durante la guerra civil española (1936-1939). En un movimiento revolucionario de extraordinaria amplitud se desarrollará un proletariado de vanguardia que ocupará fábricas, procederá a la colectivización e incluso en el caso de la Federación de las Colectividades de Aragón tratará de abolir el dinero (1937). La guerra desatada por parte del fascismo y la política de subordinación que establecerá en su VII Congreso la IC (20 de agosto de 1935) ordenando a los partidos comunistas la creación de un frente popular antifascista con la burguesía democrática para parar el fascismo supondrá el desarme definitivo y el acta de defunción de cualquier tipo de independencia política (al establecer la disyuntiva entre democracia burguesa o fascismo). En el caso español, supondrá que el PCE se convierta en el brazo armado de la II República y de la Comintern renunciando a llevar a cabo la revolución para ganar la guerra. En 1939, las fuerzas fascistas lograrán la victoria imponiendo en los siguientes 40 años una dictadura fascista.

El comienzo de la II Guerra Mundial abrirá un período de crisis revolucionaria donde Europa será escenario de una inmensa destrucción pero también de oportunidades revolucionarias. Principalmente esto último será el caso, gracias a la guerra de liberación nacional dirigida contra primero los fascistas italianos y después contra los nazis alemanes, de los comunistas albaneses que lograrán la victoria y ser, hasta el momento, la única revolución proletaria triunfante de la historia en Europa (1946). En el caso albanés, el Partido Comunista de Albania encuentra inicialmente su germen en el período de 1928-1933 donde el comunismo empezará a extenderse por medio de la formación de círculos de estudio creando un núcleo intelectual inicial que permita dotar a las diferentes células comunistas de mayor proyección. Una vez lograda ese primer hito inicial, el período de 1933-1935 se caracteriza por la lucha desatada por la burguesía progresista, escenificada en la insurrección de Fier (1935), por derrocar a la monarquía feudalista del rey Zog que, sin embargo, acabará en derrota. Ese período mostrará la incapacidad de la propia burguesía de poder llevar a cabo cualquier tipo de revolución y, en consecuencia, que dicho peso y tarea sólo puede ser culminada por el proletariado que enfrenta tanto las necesidades de cumplimentar la revolución democrático-burguesa como de llevar a cabo la revolución proletaria.

Inmediatamente posterior al fracaso de la insurrección y hasta 1941, entrará el decisivo período donde los comunistas se organizarán para conquistar a las masas proletarias en dos frentes:

1. En el movimiento obrero en las ciudades por su fuerza sindical;
2. En el campo y las montañas para conquistar a las masas campesinas por medio de la generación de órganos de poder político y como medio de preparar las fuerzas guerrilleras del Partido de cara a desarrollar la línea militar de la revolución ^[7].

1941 es el año clave del Partido Comunista de Albania pues su fuerza como partido del proletariado vendrá acentuada tanto por la intervención y participación de la URSS en la II Guerra Mundial (y posterior disolución de la IC dos años después) como por la ausencia de fuerzas democráticas burguesas asentadas y con implantación en Albania. El campo para la dirección y unificación del movimiento revolucionario estará plenamente despejado para librar la guerra de liberación nacional. Asimismo, las tesis del frente popular no tendrán ningún peso por la ocupación imperialista y la completa debilidad de cualquier fuerza socialdemócrata en un país semifeudal y semicolonial como se ha mencionado anteriormente.



En los Balcanes, existirá también un movimiento revolucionario de liberación nacional comandando por los partisanos yugoslavos que combatirán al fascismo y nazismo durante la II Guerra Mundial. Esta lucha será liderada por sus propios medios y fuerzas por el Partido Comunista Yugoslavo. Su génesis como partido está marcada por la unión en 1919 de las organizaciones socialdemócratas que formarán en Belgrado el Partido de los Trabajadores Socialdemócratas de Yugoslavia. Este partido se adhiere rápidamente a la Internacional Comunista proclamando como objetivo la persecución de la instauración de la dictadura del proletariado. El trabajo político con el movimiento obrero irá orientado a su fusión produciendo sus frutos en 1919 gracias, primero, a la integración de los trabajadores del movimiento sindical por medio de la elección de un Consejo Sindical Central de Trabajadores y, después, por la celebración de una conferencia de mujeres socialistas. Se conformará, asimismo, en Zagreb la Liga de la Juventud Comunista de Yugoslavia. 1919 también estará marcado en la historia del movimiento comunista de Yugoslavia por la definición del programa del partido y por su posterior cambio, en 1920, de nombre al denominarse Partido Comunista de Yugoslavia.

El crecimiento de los comunistas florecerá rápidamente mediante su extensión en las elecciones municipales en ciudades como Belgrado, Osjek, Skopje o Zagreb y por su fuerte presencia en los sindicatos (alrededor de 70.000 miembros) ^[8]. Como resultado, las primeras acciones revolucionarias se manifestarán en una sucesión de huelgas generales lideradas por los comunistas y los trabajadores para desafiar y tumbar la persecución desatada por la burguesía que anuló las elecciones municipales, reprimió los órganos de poder revolucionarios, desarticuló las sedes sindicales y apostó por militarización del trabajo. Sin embargo, el reflujo del movimiento obrero en Europa junto a la dictadura monárquica de Alejandro I ahogarán en sangre al movimiento revolucionario. Hasta casi el comienzo de la II Guerra Mundial, el Partido se verá forzado, fruto de la represión, a pasar completamente a la clandestinidad para no desaparecer. Con el comienzo de la II Guerra Mundial, Yugoslavia será invadida por Alemania, Hungría, Rumanía, Italia y Bulgaria. La monarquía partirá al exilio, dejando el terreno igualmente allanado para el crecimiento de los comunistas yugoslavos tras décadas de debilidad y marginalidad política. Comenzará la lucha de liberación nacional desde 1941 hasta 1945 donde más de 1.200.000 partisanos yugoslavos ^[9] serán asesinados

pero que culminará con la derrota de las potencias del Eje y la creación de la República Federativa Socialista de Yugoslavia por medio del Partido Comunista liderado por Josip Broz Tito.

El VII Congreso de la Internacional Comunista será a la postre el último. Aunque había previsión de celebrar un VIII Congreso, la Internacional Comunista será autodisuelta en 1943 mediante una declaración firmada por sus diferentes integrantes. De centro dirigente de la revolución mundial inicial pasará a ser medio de resistencia frente al fascismo e instrumento de la política exterior soviética sofocando revoluciones en Oriente y Europa a partir de la década de 1930. Así culminará de la forma más triste posible el mayor centro internacional del proletariado: de ser la más alta organización y luchar por sepultar al capitalismo a devenir su salvador. La historia mostrará de forma caprichosamente trágica que al igual que la II Internacional sucumbió con el estallido de la I Guerra Mundial, otra guerra mundial será el acta definitivo de defunción de la Internacional más poderosa en la historia de nuestra clase. ●

La historia mostrará de forma caprichosamente trágica que al igual que la II Internacional sucumbió con el estallido de la I Guerra Mundial, otra guerra mundial será el acta definitivo de defunción de la Internacional más poderosa en la historia de nuestra clase

REFERENCIAS

[1] Para un análisis más detallado véase Michael Reiman's *The Birth of Stalinism: The USSR on the Eve of the "Second Revolution"*.

[2] "La lucha de clases, la socialdemocracia y el fascismo", VI Congreso de la Internacional Comunista, Cuadernos de Pasado y Presente, número 66, pág 105.

[3] "Tesis sobre la lucha contra la guerra imperialista y la tarea de los comunistas", VI Congreso de la Internacional Comunista, 1928, Cuadernos de Pasado y Presente número 66. pág 157.

[4] Véase *Investigación del movimiento campesino en Hunan*, escrito en mayo de 1927 por Mao Tse-Tung.

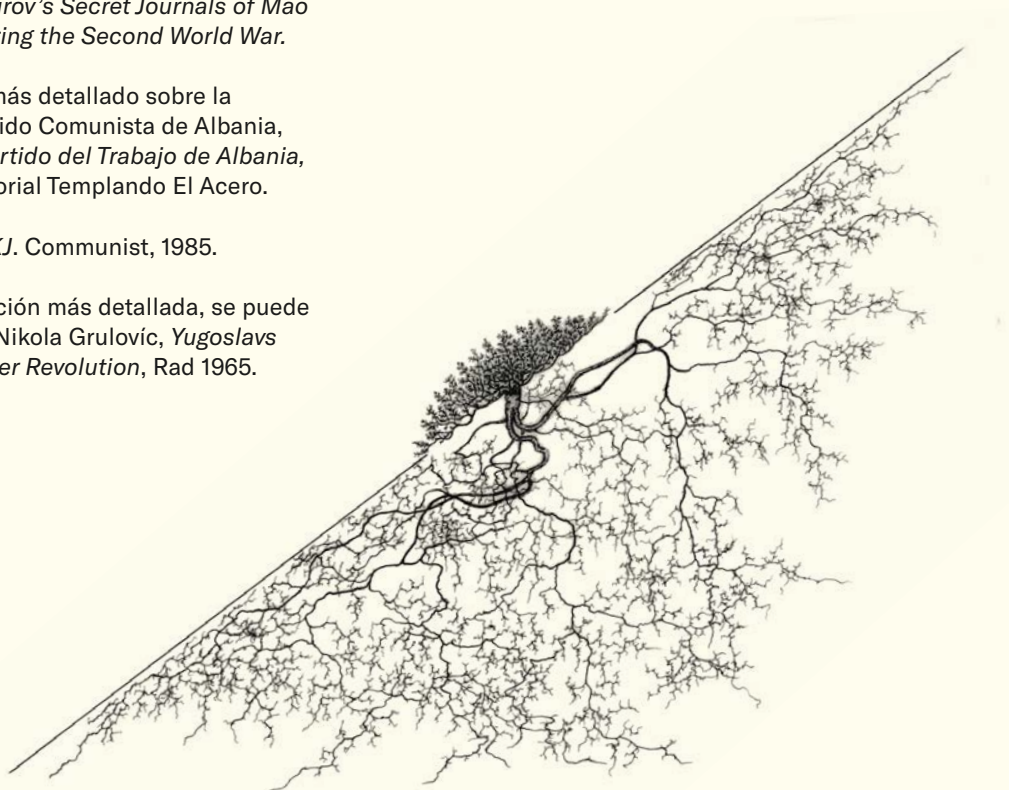
[5] En los textos de Mao se concretiza que la línea negativa comienza en 1932 y que no había sido corregida en la Conferencia de Zunyi de 1935 ni en el Pleno del año 1938. No será rectificadacompletamente hasta el Movimiento de Yanann entre 1942-1945.

[6] Para un análisis más detallado véase The Vladimirov Diaries. *Peter Vladimirov's Secret Journals of Mao Tse-Tung's China during the Second World War*.

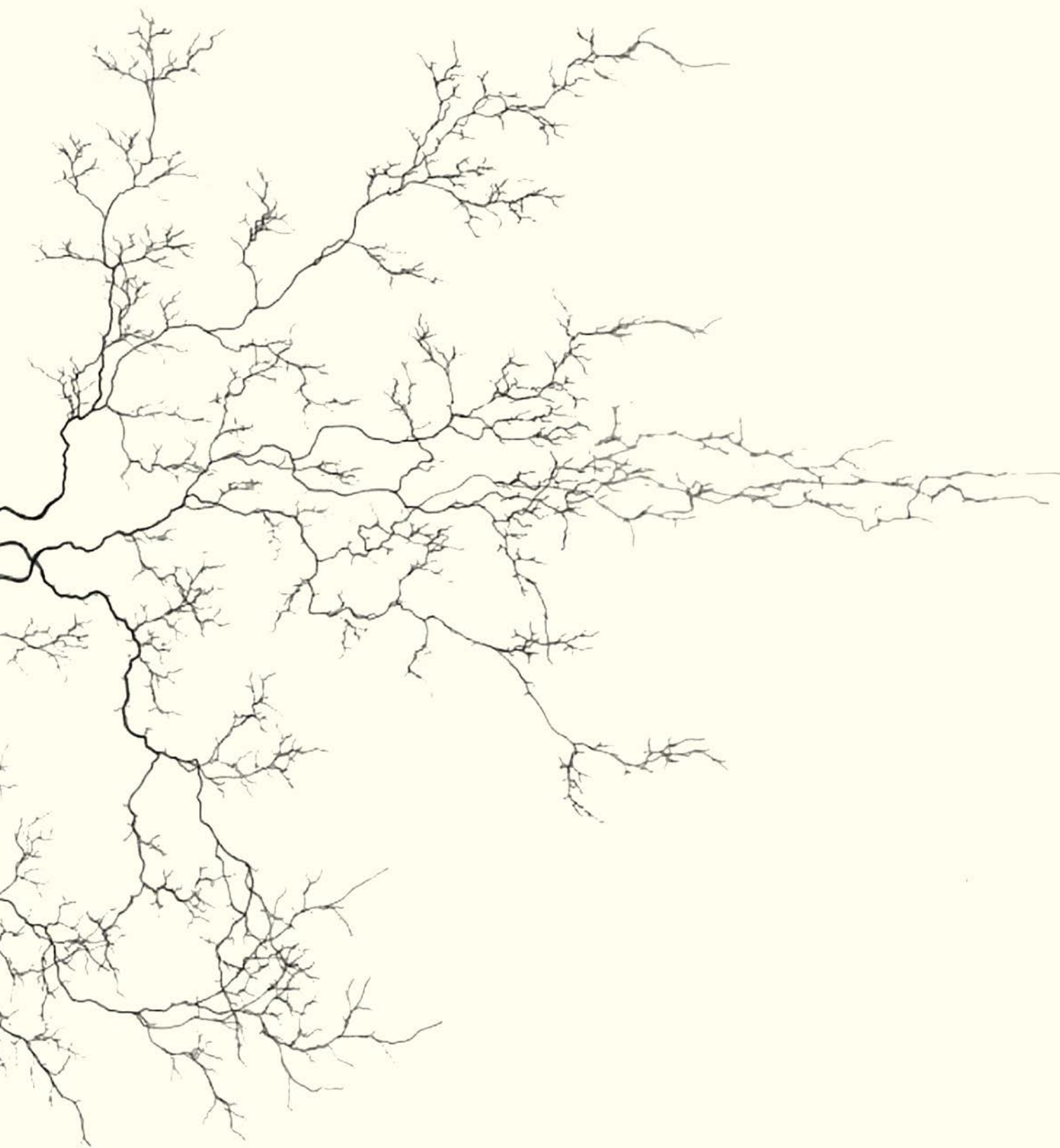
[7] Para un análisis más detallado sobre la constitución del Partido Comunista de Albania, véase *Historia del Partido del Trabajo de Albania*, publicado por la editorial Templando El Acero.

[8] *Historia of the SKJ*. Communist, 1985.

[9] Para una información más detallada, se puede consultar el libro de Nikola Grulović, *Yugoslavs in the war and October Revolution*, Rad 1965.







Publicación

NOVIEMBRE 2023

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción
y diseño
GEDAR LANGILE
KAZETA**

**Web
GEDAR.EUS**

**Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR**

**Contacto
HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

**Suscripción
GEDAR.EUS/
HARPIDETZA**

**Edición
ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA
AZPEITIA**

**Depósito Legal
SS-01360-2019**

**ISSN
2792-4548**

Licencia





artelka